MAXIMO GORKI/PAGINAS DE UN DESCONTENTO
MAXIMO GORKI/PAGINAS DE UN DESCONTENTO
MAXIMO GORKI/PAGINAS DE UN DESCONTENTO
MAXIMO GORKI/PAGINAS DE UN DESCONTENTO
MAXIMO GORKI/PAGINAS DE UN DESCONTENTO
MAXIMO GORKI/PAGINAS DE UN DESCONTENTO
MAXIMO GORKI/PAGINAS DE UN DESCONTENTO
MAXIMO GORKI/PAGINAS DE UN DESCONTENTO
MAXIMO GORKI/PAGINAS DE UN DESCONTENTO
MAXIMO GORKI/PAGINAS DE UN DESCONTENTO
MAXIMO GORKI/PAGINAS DE UN DESCONTENTO
MAXIMO GORKI/PAGINAS DE UN DESCONTENTO
MAXIMO GORKI/PAGINAS DE UN DESCONTENTO
MAXIMO GORKI/PAGINAS DE UN DESCONTENTO

MAXIMO GORKI

PAGINAS DE UN DESCONTENTO



Máximo Gorki fue un escritor y político ruso identificado con el movimiento revolucionario soviético. Su obra creció rápidamente. Ya para 1898, había reunido su producción narrativa en dos volúmenes. Su persona era cada vez más popular, sus cuentos agradaban al público y su fama trascendió las fronteras para llevar su nombre por toda Europa.



Máximo Gorki

Páginas de un descontento

ePub r1.0
Titivillus 29-10-2019

Máximo Gorki, 1970
Traducción: P. Krasmin

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



EL LECTOR

Había, anochecido cuando salí de la casa, donde en un círculo íntimo, había leído mi primer cuento impreso. Me habían felicitado todos, y agradablemente emocionado, me iba lentamente por la calle desierta, experimentando por primera vez en mi vida, en toda su plenitud, la alegría de vivir.

Fue esto en el mes de febrero; la noche era clara y el cielo estaba constelado de estrellas; soplaba un aire frío y vivificante sobre la tierra cubierta de un abundante y vaporoso manto de nieve caída recientemente. Las ramas de los árboles, que pasaban por encima de las paredes, proyectaban en mi camino arabescos complicados de sombras y los copos de nieve brillaban, alegres, bajo la claridad azul y acariciadora de la luna. No se veía por ninguna parte un ser viviente, y el chasquido de la nieve bajo mis pasos era el único ruido que turbaba el silencio solemne de aquella noche clara, tan presente en mi memoria… Yo pensaba…

—«Es bueno ser algo, en esta tierra, entre los hombres».

Y la imaginación, sin regatearme los colores vivos, me pintaba mi porvenir…

—Sí, ha escrito usted una cosa muy linda… ¡Realmente! —dijo alguien con tono pensativo detrás de mí.

Me estremecí de sorpresa y volví la cabeza hacia el sitio de donde vino aquella voz.

Un hombre bajito, vestido de colores oscuros, se me acercó y comenzó a andar a mi paso. Mirábame de arriba abajo y sonreía con una sonrisa aguda.

Todo era agudo en él: la mirada, los pómulos, la barbilla con «imperial»; todo su cuerpo seco, con su extraña silueta angulosa, chocaba a los ojos. Caminaba con ligereza y sin hacer ruido, como si se deslizase por la nieve. Yo no le había visto en la casa donde leí mi cuento, y, naturalmente, su exclamación me sorprendió. ¿De dónde venía? ¿Quién era?

—¿Usted también lo ha oído? —le pregunté.

—Sí, he tenido ese placer.

Tenía voz de tenor; sus labios eran finos; su pequeño bigote negro no ocultaba la sonrisa. Aquella sonrisa era perenne y me producía una impresión desagradable, porque me parecía que una idea cáustica y poco halagadora se ocultaba tras ella. Pero yo me encontraba en una disposición de espíritu muy dichosa para detenerme por mucho tiempo en observar ese rasgo de mi compañero, y habiendo pasado por delante de mis ojos rápidamente como una sombra, desapareció pronto ante la serenidad de mi satisfacción propia. Caminaba yo a su lado y aguardaba lo que tuviera que decirme, esperando en secreto que viniese a aumentar el número de minutos agradables que ya había vivido aquel día. El hombre es goloso de estas cosas, porque la suerte le sonríe raras veces de un modo amable.

—¿No es verdad que da gusto sentirse uno algo exclusivo? —preguntó mi compañero.

No comprendí que en su pregunta hubiese nada de particular, y me apresuré a convenir.

—¡Ja!, ¡ja!, ¡ja! —rió de un modo sarcástico y se frotó sus manos pequeñas en forma de garras.

—Parece que es usted un hombre alegre —dije yo con sequedad, un poco molesto por su risa.

—Sí, soy un hombre alegre —confirmó él, sonriendo y moviendo la cabeza— y además también soy muy curioso… Quiero siempre saber; saberlo todo, es mi continua preocupación, y es la que sostiene en mí el valor y la audacia. ¡Ahora, por ejemplo, quiero saber lo que le ha costado su alegría de hoy!

Le miré y le respondí sin apresurarme:

—Un mes de trabajo, aproximadamente… quizás un poco más.

— ¡Ah! —respondió vivamente—. Un poco de trabajo y después una parte de experiencia de la vida, que siempre cuesta algo… Pero no es caro de todas maneras, porque por tal precio adquiere usted la convicción de que, en cierto momento, muchos miles de hombres viven del pensamiento de usted, al leer la obra. Y después se adquiere la esperanza de algo que acaso con el tiempo… ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!… Y cuando usted haya muerto… ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!… Por todo eso se puede dar más de lo que usted ha dado, ¿no es verdad?

Rió de nuevo con su risa fría y mortificante, y me observó, burlón, con sus ojillos negros, agudos. Yo también le miré, de arriba abajo, molestado, y le pregunté fríamente:

—Perdón… ¿con quién tengo el honor de hablar?

—¿Que quién soy yo? ¿No lo adivina usted?… Yo, por mi parte, no le diré quién soy… ¿Acaso es más importante para usted saber el nombre de un hombre que lo que él tiene que decirle?

—No, seguramente… Pero todo esto… es raro… —respondí.

Me tocó, sin que pueda decir por qué, la manga de mi abrigo, y riendo suavemente me dijo:

—Aunque sea esto extraño, ¿por qué un hombre no se ha de permitir salir a veces de los límites estrechos de lo simple y ordinario? Y si no tiene usted nada que oponer, hablemos con franqueza. ¿Quiere usted? Imagínese que yo soy un lector… un lector extraño que es muy curioso y que quiere saber por qué y cómo se hace un libro… un libro de usted, por ejemplo. ¿Quiere usted que hablemos?

—Desde luego —dije yo—. Con mucho gusto… Tales encuentros y… tales conversaciones, no se tienen todos los días.

Pero al decir esto mentía, porque todo aquello me resultaba desagradable. Me quedé pensando: ¿qué es lo que querrá? ¿Y por qué razón me permito dar a este encuentro, mi la calle, con un hombre que no conozco, un carácter de controversia?

No obstante, continuaba andando lentamente a su lado, y trataba de dar a mi cara una expresión de atención amable por mi compañero. Esto, me acuerdo bien, no lograba conseguirlo. A pesar de todo, me quedaba mucho de mi estado de ánimo; no quería ofender a aquel hombre negándome a hablar con él, y me prometí vigilarme.

La luna resplandecía detrás de nosotros, y nuestras sombras se acostaban a nuestros pies. Unidas en una sola mancha oscura, se deslizaban delante de nosotros, por la acera, y yo las miraba y sentía germinar algo sombrío e inaccesible, como ellas, y que, estaba delante de mí.

Mi compañero quedó silencioso durante un momento; después habló con el tono seguro de un hombre dueño de sus ideas.

—No hay nada en la vida más grave y más curioso que las razones de los actos humanos… ¿No es verdad?

Yo asentí con un signo.

—¿Conviene usted?… En ese caso, hablemos francamente… no deje usted pasar una ocasión de hablar con franqueza, ahora que es usted joven…

—¡Qué individuo tan extraño! —pensaba yo, e interesado por sus palabras, le pregunté sonriendo:

—Pero ¿cómo es eso? ¿Cómo tan de repente?… ¿Y de qué vamos a hablar?

—Y ¿para qué ir lentamente cuando se puede llegar al objeto de un salto? —respondió él, con viveza, mirándome a la cara, y exclamó después con la familiaridad de un antiguo conocido:

—Hablemos del objeto de la literatura.

—Si lo quiere usted… pero ya es tarde… y me parece…

— ¡Oh! Para usted aún no es tarde…

Me detuve, sorprendido por estas palabras. ¡Las había pronunciado con tal seguridad y seriedad!… ¡Y resonaban como una profecía!… Me detuve, quería preguntarle algo, pero él, cogiéndome la mano, me hizo avanzar lentamente, y con insistencia, diciéndome:

—No se detenga usted, porque conmigo va por el buen camino… Basta de prefacio. Diga, ¿qué quiere la literatura?… Usted es literato y debe saberlo.

Mi estupefacción aumentaba, en detrimento del dominio de mí mismo. ¿Qué piensa de mí este hombre? ¿Quién es?

—Escuche usted —le dije—, convengamos en que todo lo que pasa entre nosotros…

—Tiene su suficiente razón de ser, créame. Nada se realiza en este mundo sin razón bastante de ser, ¿no es verdad?… Vamos, pues, de prisa, pero no hacia adelante…, sino profundizando.

Sin ningún género de duda, aquel hombre era muy original y muy interesante; pero me incomodaba. Di de nuevo un paso hacia adelante, lleno de impaciencia, y él me siguió y me dijo tranquilamente:

—Le comprendo a usted; le es difícil en este momento dar una definición del objeto que la literatura persigue. Y voy a intentar hacerlo…

Suspiró y después, sonriendo, me miró.

—Usted estará de acuerdo conmigo si digo que el objeto de la literatura es el de ayudar al hombre a comprenderse, a revelar su fe en sí mismo y a desarrollar su aspiración, su deseo de verdad; luchar contra el mal, en los hombres; saber encontrar lo bueno en ellos; despertar en sus almas la vergüenza, la cólera, la virilidad; hacerlo todo, para que los hombres sean noblemente fuertes y poderosos; sembrar la inquietud en su existencia; hacerles amar apasionadamente la belleza. Esa es mi fórmula; seguramente no es completa… Complételа usted, con todo lo que puede animar la vida…

Tras una breve pausa, preguntó:

—¿Es usted de mi opinión?

—Sí, eso es… —dije yo—. Está admitido, en conjunto, que la tarea de la literatura es ennoblecer al hombre…; así es…; es verdad.

—¡He ahí a qué gran cosa sirve usted! —dijo aquel hombre, con importancia… y de nuevo rió con su risa mortificante.

— ¡Ja, ja, ja!

—Pero ¿por qué me dice usted todo eso? —pregunté.

—¿Qué piensa usted? Dígalo con franqueza.

—Hablando francamente… —empecé yo.

Buscaba, alguna palabra ofensiva y me callé. ¿Qué significaba hablar francamente? Este hombre no es un necio y debe saber lo restringidos que son los límites de la franqueza humana, y con qué firmeza los guarda el amor propio. Habiendo observado el rostro de mi compañero, me sentí profundamente resentido por su sonrisa. ¡Había en ella tanta ironía y tanto desprecio! Comprendí también que empezaba a intimidarme y ese miedo me obligó a intentar dejarle.

—Hasta la vista —dije secamente, quitándome el sombrero.

—¿Por qué? —exclamó él, con amabilidad.

—No me gustan las bromas, cuando no hay en ellas un límite.

—Váyase usted, pues… Puede usted hacer lo que quiera… pero ¿sabe ya, que si ahora me deja no nos volveremos a encontrar nunca?

Subrayó la palabra nunca, que resonó en mis oídos como el tañido de una campana fúnebre. Odio esa palabra y me produce miedo; suena en mí, siempre, pesada y fría, como algo parecido a un martillo, destinado por la suerte a reducir a migajas las esperanzas de los hombres. Aquella palabra me detuvo.

—¿Qué desea usted? —le pregunté con angustia y con rabia.

—Sentémonos aquí —replicóme con una nueva sonrisita y me cogió con fuerza por el brazo, obligándome a que me sentara.

En aquel momento nos encontrábamos en una alameda de un jardín público, entre las ramas inmóviles y cubiertas de nieve de las acacias y de las lilas. Iluminadas por

la luna, pendían sobre mi cabeza, y me parecía que aquellas ramas duras, cubiertas de nieve, penetraban en mi pecho, rozando mi corazón.

Sorprendido, desconcertado por la actitud de mi compañero, le miré sin decir una palabra.

—Es un enfermo —pensaba yo, entretanto, queriéndome animar y explicar sus actos. Pero yo no sé cómo adivinó mi pensamiento.

—¿Tú crees que yo soy un anormal? No lo pienses. ¡Es un pensamiento tan vil y tan incómodo! ¡Cuántas veces y con qué frecuencia, ocultos tras él, rehusamos comprender a un hombre tan sólo porque es más original que nosotros! ¡Con qué firmeza este pensamiento distrae y complica el triste abandono de las relaciones entre nosotros!

—Sí, sí —dije yo, con un sentimiento cada vez más fuerte dé timidez, ante aquel hombre—. Pero, perdóneme usted, yo he de marcharme… Ya es hora.

—Vete —me respondió, encogiéndose de hombros—. Vete… pero no olvides que apresuras tu perdición… ¡Ja! ¡Ja!…

Dejó caer la mano con que me sujetaba y yo me fui.

Quedóse él en el jardín, cubierto de nieve, cruzado por los senderos oscuros que descienden hacia el Volga. Delante de él se descubría una amplia llanura, silenciosa y grave, al otro lado del río. Aquel hombre permaneció en el jardín, sentóse en uno de los bancos y se puso a mirar el lejano desierto, y yo, me marchaba por la alameda; comprendía que no me alejaría de él, y marchaba, sin embargo. Caminaba y pensaba. ¿Iré despacio o de prisa para demostrar a ese hombre sentado allí, detrás de mí, lo poco que me importa?

Y he aquí que empezó a silbar algo que me es muy conocido… Era la canción ridícula y triste de un ciego, que había tomado el cargo de guía de los ciegos. ¿Por qué silbará precisamente eso? —pensé yo.

Y entonces comprendí que desde el momento en que había encontrado a aquel hombrecillo, había yo entrado en el círculo oscuro de las sensaciones exclusivas y extrañas. ¿Dónde había ido a parar mi estado de alma, alegre y satisfecho, de hacía un momento? Se envolvió en la niebla de la expectación; algo grave y penoso creí que aparecía de un momento a otro, y devoraría todo lo que mi lectura me había dado de bueno, todos los ensueños y todas las esperanzas que había evocado en mi alma.

¿Cómo podrás ser guía
si ignoras el camino?…

pensé yo, acordándome de la letra de la canción que silbaba aquel hombre.

Me volví y le miré. Con un codo apoyado en la rodilla y la mano en la barba, me miraba, silbaba y su bigote negro se movía en su rostro iluminado por la luna. Me decidí a volver, movido por un sentimiento fatal. Me aproximé rápidamente, me senté

a su lado, y le dije, sin turbarme, pero con entusiasmo: —Escuche usted, hablemos con claridad.

—Es indispensable para los hombres —respondióme, con un movimiento de cabeza.

—Usted, ya lo veo, posee algún dominio sobre mí, y, evidentemente, hay algo que necesita usted decirme, ¿verdad?

— ¡Por fin, has encontrado valor para escuchar! —exclamó riendo, pero entonces aquella risa era más dulce, y hasta me pareció descubrir algo que se parecía a la alegría.

—Hable usted, pues —le dije—, y si puede ser, hable sin excentricidades…

—Muy bien. Pero admite que las excentricidades eran necesarias para llamar tu atención. En la actualidad la atención se distrae de lo que es claro y sencillo, como si fuese demasiado frío y cruel, y en cuanto a calentar o suavizar algo, eso no lo sabemos nosotros, porque nosotros mismos somos fríos y crueles. Parece que de nuevo necesitemos sueños, fantasías hermosas, delirios y rarezas, porque la vida que nos hemos creado es pobre en matices, necia, fastidiosa. La realidad de otro tiempo es lo que queremos reconstruir, pero es trabajo ímprobo… ¿Qué hacer, pues? Probemos: quizá la imaginación y la fantasía ayudarán al hombre a elevarse por algún tiempo sobre la tierra, y a descubrir su ruta que ha perdido. Perdido, ¿no es verdad? ¿No es verdad que el hombre ya no es el soberano de la tierra, sino mejor el esclavo de la vida? ¡Ha perdido el orgullo de primogénito y se inclina ante los hechos! ¿No es verdad? De los hechos que el hombre mismo ha creado, saca una deducción y dice: ¡eso es una ley inevitable! Y por su sumisión a esa ley, no nota que alza una barrera en su camino hacia la creación libre de la vida, en su lucha por su derecho a demoler para construir. Y hasta no lucha, pues lo que hace es adaptarse… ¿Por qué ha de luchar? ¿Dónde están los ideales, por los que pueda aventurarse a una acción heroica? He aquí por qué pasa la vida tan miserablemente, tan fastidiosamente; he aquí por qué el genio creador ha perdido toda la fuerza en el hombre… Algunos buscan al azar algo que daría alas al espíritu y restablecería en los hombres la fe en ellos mismos. Con frecuencia no van hacia donde se guarda todo lo que es eterno, lo que unifica a los hombres, lo imperecedero… ¡Los que se equivocan en el camino de la verdad, perecerán! Aunque así sea, no se les debe detener, no vale la pena de compadecerles… ¡hay sobra de hombres! Lo importante es la aspiración, el deseo ardiente de encontrar la verdad, y saber si en la vida existen almas dominadas por el deseo de encontrarla. La busca de la verdad es la más alta aspiración. ¿No es eso?

— Sí —dije yo—. Eso es…

—Al menos, tú sabes convenir —observó mi interlocutor con una sonrisa irónica. Después quedó por un momento silencioso, con la mirada perdida en la lejanía. Me pareció que duraba demasiado la pausa y suspiré con impaciencia. Entonces él, sin dirigirme su mirada, que erraba todavía, me preguntó.

— ¿Quién es tu Dios?

Hasta aquella pregunta su palabra había sido dulce y acariciadora, y me deba gusto escucharle: como todos los hombres que piensan estaba un poco triste, se hallaba a mi lado, le comprendía y mi timidez se iba desvaneciendo. Y he aquí que de pronto me hace la pregunta fatal a la cual tan difícil es contestar a un hombre de nuestro tiempo, si se trata además de un hombre honrado ante sí mismo. ¿Quién es mi Dios? ¡Si yo lo supiera!

Me encontraba perplejo; ¿pero quién en mi lugar hubiera conservado su presencia de ánimo? Él por su parte me miraba y seguía sonriendo, esperando mi contestación.

—Tardas demasiado en responder, para ser un hombre que pudiera haberlo hecho ya. Quizás me contestes, si te pregunto esto: escribes y millares de hombres te leen, ¿qué es lo que le predicas al justo? ¿Has pensado en tu derecho de instruir?

Por primera vez en mi vida, miraba a mi fuero interno con grande atención. Que no se piense que me elevo o me humillo para llamar la atención de los hombres: no se pide limosna a los pordioseros. He descubierto un número bastante grande de buenos sentimientos y deseos, bastante de eso que se llama ordinariamente el bien, pero sentimientos que unifiquen todo esto, una idea armoniosa y clara, que abrace todas las manifestaciones de la vida, jamás la he encontrado en mí. Existe mucho odio en mi alma, en ella se incuba continuamente… a veces se ilumina por un fuego brillante de indignación; pero aún existe en ella más duda que odio. Por momentos sacude de tal modo mi espíritu, me oprime de tal modo el corazón, que durante algún tiempo me encuentro interiormente aniquilado… Nada le excita a la vida; mi corazón está frío, como muerto; el espíritu duerme, y las pesadillas pesan sobre la imaginación. Y así, ciego, mudo y sordo, vivo largos días y largas noches, sin desear nada, sin comprender nada, pareciéndome entonces que ya soy un cadáver, y que únicamente por un extraño error persisto en la tierra. El horror de una existencia semejante aumenta la conciencia de la necesidad de vivir, porque en la muerte hay aún menos sentido, todavía más tinieblas. Seguramente la muerte nos quita la alegría de odiar.

En efecto, ¿qué es lo que yo predico tal como soy? ¿Y qué puedo yo decir a los hombres? Lo que ya se les dice desde hace tiempo, y lo que se les ha dicho siempre, eso que encuentra oyentes, pero no hace a los hombres mejores. ¿Pero tengo derecho para predicar esas ideas y esas enseñanzas, si yo mismo, educado con ellos, obro de otro modo del que exigen? Si obro de un modo contrario a ellos, ¿puedo decir que la convicción de su verdad es mi convicción sincera, puesta en los fundamentos de mi yo?… ¿Qué voy a contestarle, pues, al hombre que está sentado a mi lado? Y él, fatigado de esperar mi contestación, habló de nuevo.

—Yo no te hubiera hecho esa pregunta si no hubiera visto que tu ambición aún no ha tenido tiempo de destruir tu honor. Tú tienes el valor de escucharme… Yo deduzco que tu amor por ti mismo es razonable, porque para fortificarle no tratas de escapar ni aun a las torturas. En compensación aligeraré el peso de tu posición respecto a mí, y te hablaré como a un culpable y no como a un criminal.

Hizo una pausa y prosiguió:

—Hubo un tiempo en que vivieron entre nosotros los grandes maestros de la palabra, los conocedores exquisitos de la vida y del alma humana, los hombres inspirados por una aspiración indomable hacia la perfección del ser, dominados por una fe profunda en el hombre… Crearon libros que el olvido jamás podrá rozar, porque en esos libros se encuentran las verdades eternas, y una incorruptible belleza emana de sus páginas. Las imágenes trazadas en esos libros son vivas, porque están animadas por la fuerza de la inspiración, y sus ejemplos y sus reglas de vida serán inmutables a través de los siglos. Existen en esos libros alma, y el valor y la cólera vibran en ella, lo mismo que el amor sincero y libre, y ni una palabra sobra en sus páginas. De dios, ya lo sé, sacas tú el alimento de tu alma… Pero probablemente tu alma se alimentaba mal, pues tus palabras sobre el amor y la verdad suenan falsas e hipócritamente, como si necesitases hacerte violencia para hablar de ellas. Tú, lo mismo que la luna, iluminas con la luz de otros; tu claridad es tristemente débil, proyecta muchas sombras, pero alumbra poco y no calienta a nadie. Tú eres un menesteroso para poder dar a los hombres algo realmente precioso y lo que das, lo das, no por el elevado goce de enriquecer la vida con la belleza de la palabra y de la vida, sino mucho más por elevar el hecho contingente de tu existencia a la jerarquía de fenómeno indispensable a los hombres. Tú das para tomar más a la vida y a los hombres. Tú eres un indigente para dar; tú eres sencillamente un usurero; tú das un grano de tu experiencia contra los intereses que te pagan en atenciones. Tu pluma registra débilmente la realidad, resuelve suavemente las pequeñeces de la vida, y describiendo los sentimientos ordinarios de los hombres ordinarios, aloes su espíritu acaso a muchas verdades bajas; ¿pero es que puedes quizás crear para ellos aunque sea una pequeña mentira que eleve el alma?… ¡No! Tú estás seguro de que es útil escarbar las basuras cotidianas sin saber encontrar otra cosa que esas pequeñas verdades tristes que comprueban únicamente que el hombre es malo, ignorante, deshonrado; que depende completamente y siempre de la masa de las condiciones exteriores; que solo, y por sí mismo, es impotente y despreciable. El hombre mira su imagen en tus libros (y los libros, sobre todo si están escritos con cierta seguridad, que generalmente se toma por talento, hipnotizan siempre un poco al hombre), se mira en tu descripción, y viendo lo malo que es, no ve la posibilidad de hacerse mejor. ¿Acaso sabes tú enseñarle esa posibilidad? Yo pienso que no. Porque un maestro, si es honrado, debe ser siempre un discípulo atento. Y todos vosotros, los maestros de nuestro tiempo, tomáis mucho más de lo que les dais a los hombres, porque no habláis más que de los defectos y sólo los defectos veis. Y, sin embargo, en los hombres deben existir cualidades; ¿sois vosotros solamente los que las tenéis? ¿En qué os diferenciáis vosotros del común de los hombres, que representáis con tal crueldad y de un modo tan denigrante, considerándoos como predicadores, azotadores de vicios, propagadores de la virtud? ¿Pero no notáis que los vicios y las virtudes están mezclados debido a vuestros esfuerzos en pintarlos, como en ovillos de hilos blancos y negros, que por la proximidad de unos con otros aparecen grises,

porque han confundido recíprocamente una parte de su tinte primitivo? Y es poco probable que seáis vosotros los escogidos de la tierra… Habríais de ser para ello más fuertes y más sencillos. Habría de estar vuestro corazón inflamado por la llama ardiente del amor a la vida, a la verdad, a los hombres, y no habría tantas tinieblas en nuestra existencia, iluminada por los faros de vuestra grandeza… Pero vosotros no ilumináis, humeáis como antorchas, y vuestro humo, a] penetrar en los espíritus y las almas, las envenena con el veneno de la duda de sí. Dime: ¿qué enseñáis vosotros?

Sentía en mi mejilla el aliento ardiente de aquel hombre, y no le miraba por temor de encontrar su mirada. Sus palabras caían sobre mi cerebro como brasas de fuego, y sentía el dolor… Comprendía aterrorizado cuán difícil es contestar las preguntas sencillas… Y no le contesté.

—Así, pues, yo, lector asiduo de todo cuanto tú escribes y de lo que escriben tus compañeros, pregunto: ¿por qué escribís? Y escribís mucho… ¿Queréis despertar buenos sentimientos en el corazón de los hombres? Pues no lo conseguiréis con palabras frías e impotentes ¡no! Y no tan sólo no podéis dar a la vida nada nuevo, sino que dais lo viejo en mal estado, desgarrado, privado de su verdadera imagen. Leyéndoos no se aprende nada y lo único que inspira vergüenza sois vosotros. Constantemente días de trabajo, días ordinarios, gentes ordinarias de todos los días, ideas ordinarias de todos los sucesos… ¿Cuánto se hablará del espíritu inquieto y de la necesidad de la regeneración del espíritu? ¿Dónde está el llamamiento a la creación de la vida, dónde están las enseñanzas del valor viril, dónde están las palabras valientes, que dan alas al alma?

Tomó aliento y reanudó su discurso.

—Puedes decirme si la vida no nos ofrece otras imágenes que aquellas que reproducimos. No hables así, pues un hombre que tiene el honor de manejar la palabra es una vergüenza, un oprobio, confesar su impotencia ante la vida y no poder colocarse sobre ella. Y si permaneces al mismo nivel que la vida; si por la fuerza de tu imaginación no puedes crear imágenes, que no existen en la vida, pero que son indispensables para su enseñanza, ¿qué utilidad hay en tu trabajo y por qué no has de excusar tu calidad de escritor? Llenando la memoria de los hombres con el sinnúmero de clichés fotográficos de su vida, pobre en sucesos, ¿no haces un desfavor a los hombres? Porque, confiésalo, tú no sabes representarla de modo que tu cuadro sugiera en el hombre una vergüenza, una inquietud y un deseo ardiente de crear otras formas de existencia… ¿Puedes precipitar las pulsaciones de la vida? ¿Puedes insuflarle energía como otros lo han hecho?

Mi extraño interlocutor se detuvo por un instante, mientras que yo pensaba en silencio en sus palabras.

—Yo veo a mi alrededor muchos hombres inteligentes, pero no noto entre dios hombres nobles, y los que existen están quebrantados y con el alma enferma. Y no sé por qué he de ver siempre eso en mis observaciones: cuanto más bueno es un hombre, y cuanto más pura y honrada es su alma, menos energía tiene, más débil es, y más

penoso le resulta vivir. La soledad y la angustia son el destino de tales hombres. Pero por fuerte que sea su ansiosa aspiración hacia la existencia mejor, no tienen fuerza, en sí mismos, para su creación. ¿No son acaso tan miserables y desgraciados, porque a su debido tiempo no han tenido la ayuda de la palabra que da valor al alma?…

—Y todavía —continuó mi extraño interlocutor— ¿puedes despertar en el hombre una risa que exprese la alegría de vivir y purifique el alma? Fíjate; es que los hombres han olvidado completamente el bien de reírse. Ríen de un modo perverso, ríen de un modo vil, a menudo ríen a través de las lágrimas, pero jamás se oye en medio de ellos una risa alegre, sincera, esa risa que debiera sacudir los pechos de los hombres, porque la risa buena sanea el alma… Al hombre le es indispensable reír, porque la risa es uno de sus pocos privilegios sobre los animales. ¿Puedes despertar en los hombres, tú, otra risa que tu misma risa trivial? Comprende que tu derecho de predicar debe tener razones suficientes en tu capacidad de sugerir en los hombres sentimientos sinceros, por los cuales, como martillazos, algunas formas de la existencia deben ser rotas y destruidas, a fin de crear otras más amplias que reemplacen a las actuales, tan estrechas. La cólera, el odio, el valor viril, la vergüenza, la repugnancia y, en fin, la desesperación son los puntos de apoyo con los cuales se puede levantar la tierra. ¿Puedes tú crear tales puntos de apoyo? ¿Puedes poner en movimiento las palancas necesarias? Para tener derecho a hablar al pueblo es preciso sentir en el alma un odio inmenso a los propios defectos o bien un amor inmenso por sí mismo a causa de los propios sufrimientos; si esos sentimientos no existen en tu alma, sé modesto y piensa mucho las cosas antes de decirlas.

El día comenzaba, pero en mi alma las tinieblas se habían cada vez más densas. Y el hombre para el cual no había secretos en mi pecho, seguía hablando. Por momentos se iba haciendo más precisa en mi mente una idea.

—¿Se trata de un hombre?

Pero absorto en sus palabras, me era imposible reflexionar sobre esa impresión, y de nuevo sus palabras se hundían, como alfileres, en mi enebro.

—De todos modos, la vida se ensancha en extensión y profundidad, aunque lo haga lentamente, porque vosotros no tenéis la fuerza y el saber para celebrar su movimiento. La vida se ensancha y diariamente los hombres se enseñan a preguntar. ¿Quién les contestará? Vosotros hubierais debido hacerlo, vosotros los apóstoles impostores. ¿Pero comprendéis bastante la vida para explicarla a los otros? ¿Comprendéis las exigencias de vuestro tiempo, presentís lo porvenir, podéis decir algo para reanimar al hombre depravado por la abominación de la vida y que ha perdido el valor? Ha perdido el valor; él interés que la vida tenía para él ha desaparecido; el deseo de vivir con dignidad se desvanece, quiere vivir sencillamente como un cochino, ¿y vosotros lo comprendéis? Se ríe descaradamente cuando se pronuncia la palabra «ideal»; el hombre no es más que un montón de huesos, recubiertos de carne y de piel gruesa, y no es el espíritu el que mueve ese repugnante montón, sino los apetitos. Es preciso preocuparse de eso en seguida. ¿Pero qué podéis

hacer para excitar en él la sed de la vida, si no hacéis más que gemir, quejaros, lanzar ¡oh! y ¡ah!, o bien, pintar con indiferencia su descomposición? Sobre la vida flotan olores de podredumbre, la cobardía, el servilismo… impregnando los corazones; la pereza ata las inteligencias y los brazos con lazos debilitantes… ¿Qué aportáis vosotros a esos caos repugnantes? ¡Qué mezquinos sois todos, qué despreciables y qué numerosos sois! ¡Oh, si un hombre severo y amante hubiese apreciado, con corazón de llama y cerebro poderoso, capaz de abarcarlo todo! En la atmósfera asfixiante del silencio vergonzoso, palabras proféticas hubiesen resonado, como el tañido de las campanas, y quizá se hubieran estremecido las almas miserables de los muertos-vivos.

Después de estas palabras quedó por algún tiempo silencioso. No me acuerdo si lo que había en mí era más vergüenza o más terror.

Resonó esta pregunta, pronunciada con tono indiferente:

—¿Qué puedes decirme?

—Nada… —respondí yo.

Hubo otro momento de silencio.

—¿Y cómo piensas vivir en adelante?

—No lo sé… —le contesté.

—¿Y de qué vas a hablar en adelante?

Guardé silencio.

—No hay mayor sabiduría que el silencio.

Torturante fue la pausa que hizo entre estas palabras y la risa que les siguió. Reía con alegría, como un hombre a quien desde largo tiempo no se hubiera presentado una ocasión como aquella de reír de un modo tan fácil y agradable. Mi corazón lloraba lágrimas de sangre a causa de aquella risa maldita.

— ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja! ¿Y tú eres el maestro de la vida? ¿Tú, tan fácil de turbar? Ahora creo que ya has comprendido quién soy. ¿Sí? ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!… Y todos los demás jóvenes, que han nacido viejos, se hubieran turbado lo mismo, si hubiesen querido habérselas conmigo. Únicamente los que se han revestido con la coraza de la mentira, de la desvergüenza y de la impudicia, no se estremecerían delante del juicio de su conciencia… Así, pues, ya ves si eres fuerte; un golpe, y caerás. Dime, dime algo en tu defensa; rebate lo que acabo de decirte. Libra a tu corazón de la vergüenza y del dolor. Sé, aunque no sea más que por un instante, fuerte, y muéstrate seguro de ti mismo, y yo recogeré lo que acabo de arrojarte a la cara… Me inclinaré delante de ti… Enséñame en tu alma al menos algo que me ayude a reconocer en ti a un maestro… Necesito un maestro porque soy un hombre; me he extraviado en la oscuridad de la vida y busco una salida hacia la luz, hacia la verdad, hacia la belleza, hacia la vida nueva; enséñame los caminos. Yo soy un hombre. Ódiame, pega, pero sácame del fango de mi indiferencia por la vida. Quiero ser mejor de lo que soy; ¿cómo lo he de hacer? ¡Enséñame!

Yo pensaba: ¿puedo yo satisfacer las exigencias que el hombre, según su derecho, me expone? La vida se apaga, las tinieblas de la duda envuelven cada vez más estrechamente los cerebros de los hombres, y es preciso encontrar una salida. ¿Dónde está el camino? Yo no sé más que una cosa: no es a la dicha a lo que se debe aspirar; ¿para qué sirve la dicha? No es en la dicha donde se encuentra el sentido de la vida y de la satisfacción de sí mismo; el hombre no se contentará con eso, pues de todos modos, sus aspiraciones son más elevadas. El sentido de la vida está en la belleza y la fuerza de la aspiración hacia los fines, y es preciso que cada instante de la existencia tenga un fin elevado. Eso hubiera sido posible…, pero no en los marcos antiguos de la vida, donde se halla el hombre tan estrecho, que no encuentra libertad para su genio…

Y él volvía a reír, pero dulcemente ahora, con la risa de un hombre que tiene el corazón inquieto por los pensamientos.

—¡Cuántos hombres han existido sobre la tierra, y qué pocos monumentos se han erigido al hombre! ¿Por qué? ¡Pero releguemos a la maldición el pasado, porque despierta demasiados deseos! Pues en el presente ya no existen hombres como aquellos que, después de su muerte, dejen tras sí alguna huella sobre la tierra. El hombre duerme… y nadie le despierta. Duerme y se transforma en animal… Necesita un látigo y la caricia ardiente del amor después, en seguida, del latigazo. No tengas miedo de hacerle daño; si le pegas porque le quieres, comprenderá tu castigo, y lo recibirá como merece. Pero cuando sienta vergüenza y el latigazo le produzca daño, dale una caricia de fuego, y renacerá… ¿Los hombres? Son siempre niños, aunque en algunos momentos asombren por la crueldad de sus actos y la depravación de su pensamiento. Y necesitan continuamente quien les eduque, quien les vigile y sienta amor por ellos, y se ocupe de proporcionarlos contantemente un alimento sano y fresco para sus almas… ¿Sabes acaso tú si amas a los hombres?

—¿Amar a los hombres? —pregunté yo, dudando, porque, verdaderamente, yo no sé si amo a los hombres. Es preciso ser sincero… no lo sé. ¿Quién podrá decir de sí mismo: sí, sí, yo amo a los hombres? Un hombre que se vigila atentamente, pensará largo tiempo en esta pregunta antes de decidirse a decir: yo amo. Todo el mundo sabe cuán lejos está nuestro prójimo.

—¿Te callas? Es igual: yo te comprendo, hasta en tu silencio… Y me voy.

—¿Ya? —pregunté yo dulcemente. Porque por espanto que me produjera él, más espanto me producía yo mismo…

—Sí, me voy… Pero volveré a verte más de una vez, ¡Espera!

Y partió.

¿Cómo partió? Yo no lo advertí. Partió ligeramente y sin ruido, como desaparecen las sombras… Y yo permanecí aún largo rato en el banco del jardín, sin sentir el frío exterior, y sin ver que ya el sol había salido y que sus rayos brillaban por entre las ramas de los árboles, cubiertos por completo de nieve. Me produjo extrañeza ver el día límpido; el sol, que brillaba con la misma indiferencia de siempre; esta vieja

tierra, estancada, vestida con el sudario de nieve, que relucía deslumbradora bajo los rayos del sol…

RECUERDOS DE ANTON CHEJOV

Una vez me invitó a ir con él al pueblo de Kutchuk-Koij, donde tenía un poco de terreno y una casa blanca de dos pisos. Allí, mostrándome sus «dominios», me dijo amistosamente:

—Si yo fuese rico habría construido aquí un sanatorio para maestros de escuela. Habría hecho un gran edificio, limpio y claro, con grandes ventanales y techos muy altos. Habría reunido una hermosa biblioteca, diversos instrumentos de música, colmenas; habría arreglado un jardín-huerta… Se habrían dado conferencias y explicaciones de agricultura, de meteorología. ¡El maestro debe saber de todo, querido amigo, de todo!

Dejó de hablar repentinamente, tosió, y comenzó a sonreír con aquella sonrisa suya tan dulce y tan bondadosa, que forzaba la atención y que le atraía tantas amistades.

—¿Qué os parecen mis fantasías? A mí me encanta hablar de esto. ¡Son muy necesarios en el campo ruso los maestros inteligentes, cultos, instruidos!… Sin una educación amplia y diversa en el pueblo, la Nación se derrumbará como una casa mal construida. Es urgentísimo asegurar al maestro una instrucción. ¿Qué es lo que ocurre hoy día? En lugar de un artista enamorado apasionadamente de su vocación, es un mecánico no muy culto el que enseña a los niños de las aldeas. Pasa hambre, está oprimido, tiembla a la sola idea de perder su mísera pitanza. Y debe ser el primero del pueblo; poder responder a todos las preguntas, reconocer en sí mismo una fuerza digna de atención y de respeto, y, sobre todo, que nadie le injurie ni le rebaje, como ahora es corriente que hagan el militar, el banquero, el sacerdote, el policía, y hasta el inspector de escuelas, que sólo se preocupa de que se cumplan las circulares de la Dirección, sin cuidarse de que la instrucción mejore… Y ese hombre es el encargado de instruir al pueblo. Es preciso que el maestro deje de ir harapiento, que deje de temblar de frío en las clases, húmedas y malsanas, y que a los treinta años sea un reumático o un tísico. ¡Es una vergüenza! Durante ocho o nueve meses del año tiene que vivir apartado de todos, sin tener con quien cambiar una palabra; se embrutece en la soledad; sin libros, sin distracciones, y si habla de ello a sus compañeros, le acusan de «conspirador» contra el Gobierno. ¡Esa palabra imbécil con que se aterra a los idiotas!… ¡Todo esto es sencillamente asqueroso! Podéis creer que cuando veo a un maestro de escuela me avergüenzo de verle tímido y haraposo… Me parece que yo soy la causa de su indigencia.

Calló; meditó algún tiempo. Luego dijo a media voz, agitando una mano:

— ¡Qué nación tan absurda y tan estúpida es nuestra Rusia!…

Sus ojos bondadosos, cercados de finas arrugas, los velaba la sombra de una profunda tristeza. Después añadió, burlándose de sí mismo:

—Ya lo veis: os he colocado un artículo de fondo de un periódico liberal… Pero os daré, té para recompensar vuestra paciencia.

Esto era muy frecuente. Hablaba con calor, grave, sincero, súbito y apasionado; luego se chanceaba de sus propios discursos. Se leía en su sonrisa, triste y dulcemente irónica, el exquisito escepticismo de un hombre que conoce el valor de las palabras y de los ensueños. Y había también en su ironía una gran delicadeza, una modestia amable…

Silenciosos, entramos en la casa. El día era claro y cálido. Las olas, jugando con los rayos solares, rielaban al pie de la montaña. Un perro ladraba de alegría. Chejov me cogió por el brazo y dijo lentamente, tosiendo:

—Es vergonzoso y es triste, pero cierto; hay muchas gentes que envidian a los perros.

Y, súbitamente, añadió, sonriendo:

—Hoy no digo más que palabras seniles… Envejezco.

* * *

Con frecuencia me decía:

—¿Sabéis, Gorki, que ha venido un maestro enfermo? ¿No podríais auxiliarle? En espera de ello, yo le he acomodado.

O bien:

—Oíd: hay aquí un maestro de escuela que quiere conoceros y él ni puede salir; está enfermo. ¿Queréis ir a verle?

Y otras veces:

—Sé de algunas maestras que piden se les envíen libros.

Una vez encontré en casa de él a uno de estos maestros de escuela. Estaba sentado al borde de la silla, ruborizado de saberse tan torpe; y sudaba copiosamente buscando las palabras. Se esforzaba en hablar, tan pronto con corrección como con el atrevimiento artificial de los tímidos. Se encontraba dominado por el afán de no parecer ignorante a los ojos de un escritor, y dirigía a Chejov una lluvia de preguntas que jamás se le ocurrieron, sin duda, hasta aquel momento.

El escritor escuchaba atentamente aquella charla incoherente y poco recreativa; sus ojos tristes, brillaban, y en sus labios se dibujaba apenas una sonrisa que hacía temblar las arrugas de sus mejillas; y con voz profunda, matizada, comenzaba a decir palabras claras, sencillas, plenas de vida, palabras que, de súbito, volvían al interlocutor hacia la naturalidad, impidiéndole que forzara el pensamiento, haciendo así su charla más inteligible, más interesante.

Recuerdo un maestro, alto, delgado, famélico, de cara amarillenta, melancólico. Estaba sentado frente a Chejov y decía con voz brusca, mirándole fijamente a los ojos:

—Las impresiones de una existencia tan sombría forman en el espacio pedagógico una conglomeración física que imposibilita absolutamente toda posibilidad de tratar objetivamente la realidad ambiente. Sin duda, el mundo no es más que la representación que de él nos hacemos en nuestro intelecto…

Lanzándose en la filosofía trascendental, erraba como un ciego abandonado.

—Y, decidme —preguntó Chejov, con voz acariciadora—, ¿quién pega a los niños en vuestro distrito?

El maestro se levantó vivamente y respondió furioso, agitando los brazos:

—¿Qué decís? ¿Yo? ¡Pegar a los niños! ¡Nunca!

—Calmaos —continuó Chejov, sonriendo para tranquilizarle—. ¿Quién habla de vos? Pero recuerdo haber leído en los periódicos que alguien pegaba, en vuestro distrito, a los discípulos.

El maestro se apaciguó, y suspirando aliviado, dijo:

—Es cierto. Hubo un caso. Fue Makarof… Un salvaje. Y se comprende: Está casado, tiene cuatro hijos, su mujer está «»fama, y él, tísico. Recibe veinte rublos mensuales. La escuela es una cueva y sólo le ceden un rincón. En tales condiciones, ¿qué tiene de extraño que se abofetee a un niño?

¡Cosa rara! Este hombre que acababa de sumergir a Chejov en un río de palabras sabias, comenzó a decir cosas sencillas, pesadas como piedras, pero ardientes y plenas de sinceridad; mostró en su realidad maldita, la vida que arrastra el campesino ruso.

Pidiendo permiso para retirarse, el maestro sacudió entre sus dos manos la mano de dedos finos de Chejov, y dijo:

—Yo vine a vuestra casa todo tembloroso y tímido, como el que va a la de un superior. Y me hinché de vanidad. Quería demostraros que era alguien también. Y os dejo como a un hombre del nivel mío que todo lo comprende. Gracias por ello. Llevo conmigo una impresión excelente; las personas como vos, sencillas, comprenden al pueblo y están muy cerca de su alma. Adiós… No os olvidaré nunca…

Su nariz temblaba, y con una franca sonrisa, añadió:

—Realmente, los débiles tienen razón en quejarse.

Chejov siguió con los ojos su marcha, y luego comenzó a reír, diciendo:

—¡Es un buen muchacho!… No enseñará mucho tiempo…

—¿Por qué?

—Porque no le dejarán. ¡Le echarán a la calle!

Y con voz apagada, añadió:

—En Rusia, el hombre honrado parece el «coco», con el cual se amedrenta a los niños pequeños…

* * *

En presencia de Chejov, todos sentían el deseo de ser más sencillos que él, de aventajarle en veracidad. Muchas veces noté que, ante él, los hombres abandonaban el ropaje deslumbrante de frases librescas, de palabras de moda, de todas esas futilidades de baratillo con que el ruso se atavía cuando quiere pasar por europeo, al modo de los salvajes que se adornan con dientes de pescado.

Chejov no amaba ni los dientes de pescado ni las plumas de gallo. Le repugnaban las afectaciones con que los hombres creen adquirir importancia, y observé que cuando había ante él algún aspirante a cómico, sentía el deseo de librarle de los vanos oropeles que deforman la cara y el espíritu. Durante toda su vida, Chejov fue siempre el mismo, no preocupándose de lo que esperaban de él, unos, y de lo que otros —menos corteses— exigían. No gustaba de esas conversaciones sobre temas «elevados», encanto de los rusos, que discuten seriamente acerca de los terciopelos con que se vestirán los hombres del porvenir, olvidando que los del presente visten de harapos.

Como era de tan hermosa sencillez, amaba todo lo sencillo, lo sincero, lo natural.

Recuerdo que una vez, estando yo con él, le visitaron tres señoras muy elegantes; llenaron la sala con el ruido de sus faldas y con la violencia de sus perfumes. Se sentaron ceremoniosamente ante el dueño de la casa y afectaron sentir gran interés por la política:

— ¿Cómo creéis, Anton Chejov, que terminará la guerra?

Chejov tosió, reflexionó un instante y respondió en tono serio y acariciador:

— Indudablemente, por la paz.

— ¡Oh!… ¡Evidentemente! Pero ¿quiénes saldrán victoriosos? ¿Los turcos o los griegos?

— Me parece que los más fuertes serán los que venzan.

— ¿Y cuáles son los más fuertes, según vos? —preguntaron las tres señoras a un tiempo.

— Los que comen mejor y son más cultos.

— ¡No está mal! —exclamó una de ellas.

—¿Y a quién preferís? ¿A los turcos o a los griegos? —dice otra.

Chejov la miró amablemente y contestó con una sonrisa cordial y dulce:

—A mí me gusta mucho la mermelada. ¿Y a vos?

—¡También! —dijo vivamente la señora.

—Sobre todo la de albaricoques —añadió seriamente la primera de las visitantes.

Chejov volvió de nuevo a su bondadoso sonreír.

Y la tercera señora, entornando los párpados, dijo golosamente:

— ¡Es tan aromática!…

Entonces se pusieron a hablar las tres muy seriamente, demostrando sólida erudición en el arte de confitería. Se notaba que eran felices con verse libres de torturar sus espíritus y fingir vivo interés por la guerra, en la que no pensaban nunca. Y se despidieron alegremente de Chejov.

— ¡Os mandaremos unas mermeladas!…

— ¡Habéis hablado muy bien! —le dije cuando se marcharon las señoras.

Chejov respondió, sonriendo:

—Cada cual ha de hablar en su lengua.

Otra vez encontré en su casa a un gallardo joven. El sustituto del fiscal. Estaba frente a Chejov y sacudiendo la rizada cabeza, se expresaba así:

—En vuestro cuento *El mal intencionado*, proponéis una cuestión muy compleja. Si admitimos en Dionisio Gregorief una voluntad criminal y consciente, debemos arrojarle a la cárcel sin ninguna contemplación, puesto que así lo exigen los intereses sociales. Si, por el contrario, es un bruto, incapaz de apreciar la finalidad de sus actos, entonces sólo es digno de lástima. Ahora bien; tratándole como a un irresponsable, ¿cómo garantizaré a la sociedad de que este hombre no volverá a aflojar los tirantes de los raíles para causar una segunda catástrofe? ¡Esta es la cuestión! ¿Cómo obrar en semejante caso?

Luego se estiró con un movimiento rápido y miró atentamente a Chejov. Su uniforme era completamente nuevo, y los botones brillaban sobre su pecho con tanta seguridad y estupidez como los ojos del joven defensor de la justicia, en su semblante perfecto.

—Si yo fuera juez —contestó Chejov— hubiera absuelto a Dionisio.

— ¿En qué os fundaríais?

—Le hubiera dicho: «Dionisio, tú no has llegado todavía al tipo de criminal consciente. Vete y procura llegar a serlo».

El jurista comenzó a reír, pero recobró en seguida su seriedad, y continuó:

—No, Antón Chejov; el problema planteado en vuestro cuento sólo puede resolverse en interés de la sociedad, a la cual estoy llamado a defender. Dionisio es un bruto, pera también es un criminal. Esto es lo cierto.

—¿Os gustan los fonógrafos? —dijo de pronto Chejov.

— ¡Me encantan! ¡Es un descubrimiento admirable! —respondió vivamente el joven.

—Pues yo no puedo resistirlos —confesó apenado Chejov.

—¿Por qué?

—Porque hablan y cantan sin sentir lo más mínimo. Son una caricatura de todo… Es una cosa muerta… ¿Hacéis fotografías?

El joven, que era aficionado apasionadísimo de este arte, empezó a hablar de él con entusiasmo, sin acordarse del fonógrafo, a pesar de su semejanza con él.

Y de nuevo vi aparecer bajo el uniforme a un hombre bastante jocoso, en lugar de un maniquí articulado.

Cuando nos quedamos solos, Antón Chejov dijo hoscamente:

— ¿Qué os parece? ¡Esos fantoches son los que, en nombre de la justicia, disponen de la suerte de los hombres!

Tras un breve silencio, añadió:

—Es preciso creer en que los procuradores son muy aficionados a la pesca, sobre todo a la de ranas…

* * *

Chejov poseía el arte de descubrir y atenuar la banalidad en todo. Es un arte accesible sólo a los que tienen altas exigencias con la vida y que arden en el deseo de ver hombres sencillos, bellos, armoniosos. La vulgaridad hace de ellos un juez despiadado y sutil.

Una vez se comentaba delante de él que el editor de un periódico popular, hombre que disertaba constantemente sobre la necesidad del amor y de la misericordia para con el prójimo, había maltratado de palabra a un empleado del ferrocarril, y que, en general, trataba con groserías a todos los que de él dependían.

—Eso es muy natural —dijo Chejov, con una sonrisa violenta—. Es un aristócrata, es instruido, se educó en un seminario… Y aunque su padre usaba alpargatas, él lleva botas de charol.

Y había en el tono de esta reflexión, algo punzante contra «el aristócrata» de nuevo cuño, hecho de pronto, ridículo…

— ¡Es un hombre de gran talento! —dijo en cierta ocasión hablando de un periodista—. Sus artículos nacen del fondo de su conciencia… respiran amplio humanismo; pero ante sus amigos, el autor llama necia a su mujer, y el cuarto de los criados rezuma humedad: todas sus criadas padecen reuma.

— ¿Os agrada N…, Antón Chejov?

—Sí, mucho. Es un hombre agradable —asintió Chejov, tosiendo—. Sabe de todo, lee mucho… Yo le presté tres libros que no me ha devuelto. Además, es muy distraído. Hoy os dice que sois un hombre maravilloso y mañana afirmará a todo el que quiera oírle, que robáis a los criados y os habéis apropiado los calcetines de seda del marido de vuestra querida; unos calcetines negros, rayados de azul. Porque le gusta dar detalles.

Y como se quejaran, en su presencia, del aburrimiento y de la pesadez de los artículos «serios» publicados en las revistas importantes, dijo:

—No leáis esas cosas. Es literatura convencional, de amigos. La constituyen los señores Blanco, Rojo y Negro. Uno de ellos escribe un artículo, el otro contesta, y el tercero resume y justifica las contradicciones de ambos. Es como si jugaran a las cartas con un muerto… A ninguno de ellos le preocupa si aquello interesará o no al lector.

Otro día una señora gruesa, elegante y respirando salud, creyó necesario hablarle «al modo de Chejov».

—Me aburre la vida, Antón Chejov, ¡todo es tan gris! La gente, el cielo, el mar… Hasta las mismas flores se me antojan grises… Carezco de deseos. Mi alma flota en un lago de melancolía… ¡Es como una enfermedad!

— ¡En efecto! ¡Es como una enfermedad! —dijo Chejov con convicción—. Es una enfermedad. En latín se llama *Morbus fingimientos*. Afortunadamente para ella, la señora no había estudiado latín, a no ser que ocultara su ciencia…

—Los críticos se parecen a los tábanos que impiden a los caballos labrar la tierra —decía en cierta ocasión con su fina sonrisa—. Trabaja el caballo, sus músculos están tirantes como las cuerdas de un arpa, y de pronto el insecto se posa sobre él y le clava su fina trompa… Es preciso cazarle y sacudir la cola. ¿Sabéis por qué molesta el tábano? Apenas lo sabe él mismo: tiene un carácter inquieto, y sencillamente, quiere manifestarlo. Esa es la única razón. Parece que han nacido para decir: «Fijaos en que puedo zumbar, zumbar únicamente». Hace veinticinco años que leo las críticas de mis trabajos y no recuerdo ni una indicación preciosa, ni un buen consejo. Una sola vez me interesó una nota de Skabitchevsky: aseguró que yo moriría en un cercado…

En sus ojos dulces y tristes había casi siempre una exquisita ironía; pero, otras veces, era fría, ruda… Entonces, su voz; de timbre sincero y flexible, resonaba más firme y me parecía que este hombre, modesto y delicado, podría, cuando se presentase la ocasión, oponerse enérgico a una fuerza hostil, y vencerla.

Otras veces creía que los hombres excitaban en él un sentimiento de duda, rayando en la desesperanza.

—¡Qué ser tan extraño es el ruso! —dijo un día—. Se parece a un colador: no permanece nada en él. En la juventud, llena ansiosamente su alma de todo lo que encuentra, y cuando tiene treinta años, no quedan en ella más que restos informes. ¡Para vivir bien, para vivir la vida, es preciso trabajar con amor, con fe!… Y en nosotros no existen esas dos preciosas virtudes. El arquitecto que ha construido dos o tres casas regulares, se pone a jugar las cartas para toda su vida o frecuenta los camerinos de los teatros… Cuando ya tiene clientela, deja el doctor la ciencia; ya no lee nada, excepto *Las novedades de la Terapéutica*, y a los cuarenta años asegura con gran aplomo que todas las enfermedades provienen de enfriamiento. Después de haberse conquistado una reputación como hábil querellante, el abogado no se preocupa más de defender la razón. Se contenta con estudiar el derecho de propiedad; apuesta en las carreras, engulle ostras y pasa por hábil conocedor de todas las artes. El actor que ha desempeñado acertadamente dos o tres papeles, ya no trabaja en otros; se compra un sombrero de copa y se cree un genio. Rusia es la patria por excelencia de toda clase de gentes perezosas y voraces, que comen y beben excesivamente, que gustan de roncar despiertos y de roncar en sueños. Se casan por ordenar su vida, y se rodean de queridas para mantener su prestigio en la sociedad. Tienen psicología de perros: cuando se les pega, chillan suavemente y se ocultan en la perrera; cuando se les acaricia, $é echan boca arriba, las patas por alto, y agitan la cola…

Pronunciaba estas palabras con un desprecio frío y doloroso. Pero en su alma triunfaba siempre la piedad; y cuando vituperaban a alguno en su presencia,

intercedía en seguida por el culpable:

—¿Por qué os enojáis? Es un viejo que tiene ya setenta años.

O bien:

—Pero si es aún muy joven… ¿No veis que sus actos se los dicta la inexperiencia…?

Y cuando hablaba de este modo no había señal de desdén en su semblante.

* * *

Durante los años juveniles, la banalidad es despreciable, casi divertida; pero, poco a poco, penetra en el hombre, llena su sangre y su cerebro de una nube gris, y le transforma en una vieja enseña cubierta de moho: se cree que aquello representó algo; ¿pero qué? ¡Cualquiera lo sabe!

En sus primeros libros ya había sabido Chejov señalar lo que se oculta de trágico tías un acontecimiento banal, hasta cómico…

Es necesario leer atentamente sus cuentos «humorísticos» para comprender cuántas cosas crueles, repugnantes, tristes, ha dejado entrever el autor bajo las palabras y peripecias agradables.

Su pudor no le permite gritar a los hombres: «¡Sed más correctos!». Porque él espera que comprendan ellos mismos la necesidad de una vida regular. ¡Vana ilusión! Odiando todo lo que sea trivial u obsceno, ha descrito la ignorancia de la existencia en noble lenguaje de poeta, con dulce sonrisa de humorista y apenas si se adivina, bajo la espléndida envoltura de la frase, la amargura del reproche interno.

Cuando el «gran público» lee *La Hija de Albión*, se contenta con reír, sin comprender que se trata, en este cuento, de la injuria más abominable que puede inferir un señor cargado de riquezas a un solitario que vive apartado del mundo. Y en cada una de las páginas de Chejov, yo oigo el profundo suspiro del corazón humano, el suspiro de compasión hacia esos seres inconscientes de su dignidad personal, presa de la fuerza… Ellos no creen en nada, excepto en la necesidad de comer cada día lo mejor posible; no sienten nada, a no ser el temor de que alguien, más fuerte que ellos, les golpee o les arrebate el pan…

Nadie como Chejov ha descrito, tan claramente, tan pulcramente, el lado trágico de las medianías humanas; nadie, antes que él, supo pintar con realismo tan despiadado el vergonzoso cuadro de las melancólicas vidas burguesas… La vulgaridad fue su mayor enemigo. Toda su vida luchó contra ella; su pluma mordiente e impasible la ridiculizó y supo desnudar todo lo que a primera vista, parece arreglado con el orden más agradable, mostrando su podredumbre. Y la vulgaridad se ha vengado mezquinamente; encerró su cadáver —el cadáver del poeta — en el vagón destinado al transporte de «ostras frescas».

La mancha gris, sucia, de este vagón se me antoja la inmensa sonrisa de la vulgaridad… sonrisa de victoria ganada a poca costa. En cuanto a los innumerables

«recuerdos» de los periódicos, creo distinguir en ellos una tristeza hipócrita, tras de la cual hay el aliento fétido y frío de la eterna medianía, secretamente contenta de la muerte del perseguidor implacable y sincero.

Leyendo a Chejov se experimenta la sensación de un triste día otoñal, cuando en el cielo opaco se esfuman los árboles desnudos, las casas estrechas, las personas agrisadas… todo es extraño, solitario, inmóvil. El horizonte azul está desierto y el pálido cielo envía sobre la tierra, cubierta de cieno helado, su aliento frío y angustioso.

Y como el cielo de otoño, describe Chejov de un día sombrío los caminos hollados, las calles torcidas y esas casas mugrientas y mezquinas donde se ahogan de aburrimiento y de pereza criaturas lastimosas que vegetan en su vida de modorra y ayuna de sensaciones. Y veis a *Donchetchka*, que pasa rápida, suave, como una caricia; es la mujer que vistió de ternura su cariño. Si os place, podéis, abofetearla, y la esclava, dulce, no gime, siquiera. A su lado está la desgraciada Olga de *Tres Hermanas*: también ella sabe de amor y de sumisión a los caprichos de la mujer de su hermano y como él trivial y libertina; ante sus ojos se rompe la vida de las hermanas; ella llora y no puede ayudarles… y de sus labios no sale una palabra de rebeldía ni de reconvención.

He aquí la señora’ Ranievsky, la llorona, y los otros antiguos habitantes del *Cerezal*, egoístas como niños y caducos como ancianos.

No supieron morir en el momento oportuno y se lamentan sin ver nada en tomo suyo, sin comprender nada: son parásitos impotentes para chupar de nuevo la savia de la vida. El estudiantino Trofimof habla elocuentemente de la necesidad del trabajo; pero holgazanea y se distrae de su aburrimiento persiguiendo a Varia, que se sacrifica al bienestar de los que aborrecen el trabajo.

Varschinine sueña en la belleza de la vida dentro de trescientos años, y ve, sin enterarse, que en tomo de él todo se derrumba, que Soleny —empujado por el fastidio y la bestialidad— está dispuesto a dar muerte al barón Touzenbach.

Y así desfila todo un cortejo de parias, forzados de sus propios deseos, de la estupidez, de la pereza, de la avaricia; esclavos aterrados ante la vida, que vegetan en confusa inquietud, que llenan el aire con discursos truncados sobre el porvenir… Saben que en el presente no hay sitio para ellos.

Hay a veces relámpagos en este rebaño sombrío: Son Ivanof y Treplef, que comprendieron su deber y que murieron.

Casi todos sueñan hermosas lejanías y dicen que dentro de dos siglos la vida será espléndida, pero ninguno se pregunta: «¿Y quién le dará esa esplendidez, si nosotros no hacemos más que soñar?».

Pero mezclado con esta multitud de vencidos sin lucha, ha pasado un hombre gallardo, inteligente, atento a todo; ha contemplado a estos míseros habitantes de su patria, y con sonrisa entristecida, con un tono de reproche tierno, pero profundo, con

infinita desesperación sobre su alma y sobre su rostro, con voz franca y bella, ha dicho:

— ¡Vivís muy mal!… ¡Vivir así es vergonzoso!…

EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE INVIERNO

Terminé la última cuartilla de un cuento de invierno, sombrío y lúgubre, como los días breves, tristes de entonces. Dejé la pluma y me puse a pasear la habitación.

Era ya noche cerrada.

Fuera se presentía una tempestad.

Sentía en torno mío voces extrañas, rumores imprecisos, algo como bisbiseos y suspiros que se entraban desde la calle en mi cuarto, medio en sombra.

El invierno arrojaba la nieve contra los muros y la capa blanca pasaba, lenta, espesa, cayendo interminable detrás de los cristales… Parecía que nevaba dentro de mí, enfriando mi alma.

A través de la vidriera miré a la calle.

Nadie. Estaba desierta.

De vez en vez, alguna ráfaga levantaba la nieve muerta sobre la calzada y volaban copos blancos, ligeros y frágiles.

Muy cerca de mi ventana había un farol. Su llama luchaba temblorosa, indecisa, contra el viento.

A breves pausas, el surco de luz vacilante, movediza, tenía en la oscura frialdad del aire la precisión de una espada.

Los copos de nieve caían mansamente, irisándose de multicolores centelleos al atravesar la banda luminosa.

Y yo, invadido de una profunda, de una inexplicable y honda tristeza, me desnudé, me acosté y apagué la luz.

Reinó la oscuridad en mi cuarto. Los sonidos se hicieron más distintos, más firmes y claros. El cuadro claro de la ventana proyectó sobre mí una gran mancha blanquecina.

Se oía monótono el reloj que contaba los segundos.

A veces ahogaba el rumor de la nieve su tic-tac impasible; pero luego volvían a oírse los pasos rítmicos del tiempo en busca de la eternidad. Era un tic-tac seco, penetrante, que se hada dueño de mí, que entraba en mi cerebro.

Recordé las últimas cuartillas que había escrito. ¿Qué fin me había propuesto al escribirlas, valdrían de algo, tendrían algún valor?

Era un cuento sencillo y vulgar. Un episodio de dos pobres: un anciano ciego y su mujer, llenos de miseria y de bondad, olvidados de la vida, tímidos.

Una madrugada, la víspera de Navidad, dejaron su aldea y mendigaron por los caseríos cercanos para comprarse un poco de alegría y saborearla, jubilosos, en la fecha memorable.

Arrullados por la esperanza recorrieron todo el contorno, confiados en que a la hora de vísperas estarían de vuelta en su casa, repletos los bolsillos de presentes

hechos en nombre del Señor.

Pero las esperanzas se trocaron en desengaños porque las limosnas fueron escasas.

Ya muy avanzada la noche, comprendieron que debían volver a la cabaña sin fuego. Y los dos ancianos desandaron la enorme llanura Manca. Sus zurrones no les pesaban en la espalda; pero la tristeza le agobiaba el corazón. Ella iba delante y agarrado a su cintura seguía el ciego.

Marchaban lentamente. La noche era negra y sin estrellas. El viento azotaba la nieve, y los pies de los dos viejos tímidos míseros, se hundían.

La aldea estaba muy lejos aún y ellos, silenciosos, proseguían por el camino nevado, ateridos, temblando de frío.

La vieja había equivocado el camino. El viejo renegaba, preguntando:

—¿Llegaremos pronto? Ya verás como no llegamos a las vísperas.

Ella contestaba que las casas estaban próximas. Comprendía que se había extraviado, pero quería ocultarlo.

Alguna vez oía ladridos e iba en su busca; pero en seguida sonaban en el extremo opuesto.

Hasta que, ya vencida, lo descubre.

—Perdóname, perdóname, padrecito… Nos hemos perdido… y no puedo dar un paso más… Quisiera detenerme, descansar un momento… no puedo avanzar más…

—Te vas a helar, madrecita.

—No; es sólo un momento… Quiero sentarme un instante… Además, ¡qué importa si nos helamos!… No vale tanto nuestra vida que cause dolor perderla.

El viejo cede suspirando.

Se sientan en el suelo, espalda con espalda, semejantes a dos montones de harapos, abandonados a la borrasca.

La nieve les cubre, les hieren agudos cristales y la vieja, peor vestida que su compañero, empieza a sentir un calor extraño.

—¡Madrecita, madrecita! —clama, aterido, el ciego—. Levántate ya… Vámonos…

Pero ella se va adormeciendo suavemente. Delira y le responde palabras locas, incomprensibles.

El intenta levantarla y no puede.

—¡Madrecita!…

Hace nuevos esfuerzos tan inútiles como antes.

—¡Madrecita!… ¡Te vas a helar!… y grita, pidiendo auxilio a la inmensidad negra.

Pero nadie le oye. La mujer ya no habla, ni dice siquiera aquellas palabras incoherentes.

Entonces cae, rendido, resignado, sobre la nieve con una muda desesperación de fatalista. Todo cuanto le sucede es por la voluntad de Dios.

Y la borrasca va desgarrando los harapos a las carnes mártires, cansadas del trabajo y de los años.

De pronto, el viento trae sonidos de campanas. Y suenan solemnes en la furia de la noche.

— ¡Madrecita, óyeme!… Están tocando a vísperas… Anda, levántate. ¡Vamos, pronto!…

Pero ella no puede oírle. Partió para el mundo del cual nadie vuelve.

—¿Oyes? ¡Madrecita! ¡Levántate! ¡Eh! ¡Que vamos a llegar tarde, madrecita!…

Intenta levantarse a su vez y no puede. Cae de nuevo sobre la nieve y en sus labios florece la última súplica:

—¡Señor! Acoge el alma de tus siervos… Ambos somos pecadores; pero otórganos tu perdón y tu gracia.

De pronto le parece que ha recobrado la vista. Sobre la inmensa planicie blanca, en una nube de nieve luminosa se alza un templo de rara arquitectura, el templo de Dios que avanza hacia él.

Tiene la forma de un corazón y de corazones humanos y ardientes está hecho. Y, en la cúpula está la figura de Jesús.

El anciano se levanta para caer de rodillas sobre el atrio del templo imaginario, y contempla al Mártir. Y el Mártir le habla con voz clara y armoniosa palabras de consuelo:

—Mi templo se levanta sobre los corazones inflamados de misericordia y de amor. Entra, pues, en mi temido, tú que has tenido tanta sed de misericordia durante tu vida; tú que has sido humillado y has sido miserable, entra y sé feliz.

El viejo balbucea palabras inconexas, palabras que casi no suenan…

Cristo le sonría dulcemente. Sonríe también a su compañera que resucita por el milagro de esta sonrisa.

Ÿ de este modo se helaron dos pobres miserables, la víspera de Navidad, perdidos en la infinita llanura blanca, inhospitalaria…

* * *

Después dudé si esta narración sería bastante humana, bastante dolorosa para enternecer y conmover a los que la leyeran.

Yo creía que sí; y satisfecho de mí mismo, bajo el suave abrigo de las mantas, empezaba a dormirme.

El reloj sonaba isócromo, marcando despiadado las horas de mi vida, que huían sin dejar huella.

Oía vagamente el sordo murmullo de la nieve cayendo lenta e incansable.

Aumentó su violencia la tempestad y el farol se apagó. Chirriaron las maderas de la ventana… Las ramas de los árboles golpearon obstinadas la techumbre. La voz del

viento aullaba, suspiraba, lanzaba silbidos penetrantes. Volvía a entrar en mi corazón la tristeza, la congoja.

Un resplandor azulado y fosforescente atravesó los cristales y vino hasta mi lecho. Y en medio de este resplandor azul apareció una ancha y espesa nube sembrada de estrellas que parecían pupilas humanas.

Y esta nube se agitaba movida por algo misterioso y omnipotente. Se oscurecía, se aclaraba, se desgarraba y volvía a hacerse más compacta… infinita y amenazadora.

Yo sentía un terror hondo y cruel que ponía casteñeteos en los dientes.

Luego los jirones de nube se destacaron más distintos unos de otros. Visibles en el azul que los envolvía se desunían lentamente y adquirían poco a poco formas conocidas, familiares a mis ojos.

Eran sombras de niños, de mujeres, de viejos con largas barbas blancas.

¿De dónde venían; qué eran aquellas sombras?

Mis ideas eran claras y luminosas para aquellos huéspedes de la noche; las comprendían.

— ¿Que quiénes somos y de dónde venimos? —dijo una voz grave, una voz que tintineaba lenta y fría—. Acuérdate. ¿No nos reconoces?

Yo movía silenciosamente la cabeza, negando la posibilidad de cualquier relación con aquellas sombras que se movían lentas en el aire, como si danzaran una solemne danza al ritmo de la borrasca.

Después se acercaron más a mi cama, estrechándose, agrupándose en tomo mío. De pronto distinguí entre ellas una figura conocida. Era la del viejo ciego agarrado a la cintura de una viejecita encorvada, que me miraba con sus ojos llenos de reproches.

Un brillo cegador cubría sus harapos y extendía el frío en tomo suyo. Yo sabía quiénes eran; pero no se me alcanzaba el motivo de su aparición.

— ¿Nos reconoces ahora?

Ignoro si fue la voz del huracán o la de mi conciencia la que habló. Mas era una voz imperiosa y subyugante, avasallante.

—Ya has visto quiénes somos —dijo—. Y los demás también son víctimas tuyas. Somos los héroes de tus cuentos: niños, mujeres, hombres que has hecho sufrir por el placer de los que te leen. Abre los ojos y mira. Van a desfilar ante ti y podrás juzgar lo numerosos y desgraciados que son esos hijos de tu imaginación.

Las sombras empezaron a desfilar. Las primeras fueron un muchacho y una niña como dos grandes flores de nieve que esparcieron claridad lunar.

—Ahí tienes a dos niños que hiciste morir bajo la ventana de una casa donde brillaba el árbol de Noel. ¿No lo recuerdas? Lo contemplaban silenciosos, inmóviles de deseo y quedaron allí inmóviles, dejándose cubrir por la nieve que los fue helando poco a poco.

Mis pequeños héroes pasaron silenciosamente delante le mí y se desvanecieron en el azul. A su vez se mostró una mujer agotada, aniquilada, con el rostro lívido.

—Esta es la madre tan ansiosamente esperada la noche de Navidad y que, habiendo ido muy lejos a buscar dulces y juguetes para sus hijos, desfalleció, helada, en medio del camino.

Yo miré a la sombra lleno de compasivo terror.

El cortejo continuaba y la voz inexorable iba nombrando uno a uno a los héroes de mis obras, escritas en los días de tristeza. Los fantasmas flotaban delante de mí, ondulantes sus blancas vestiduras. Yo temblaba bajo su frío lúgubre de silencio y de aparición. Sus movimientos lentos, la angustia indecible de sus vagas miradas me oprimían el corazón. ¿Qué querrían de mí? ¿Qué se proponían?

El último de todos, el viejo ciego de los harapos cubierto de nieve, llegó hasta mí clavándome la mirada de sus ojos desorbitados. Su barba centelleaba de escarcha y pendían trozos de hielo de sus labios. La anciana tenía la misma sonrisa feliz de los niños dormidos; sonrisa muerta, helada en las arrugas de su rostro.

Por fin desaparecieron los espectros. Pero el huracán seguía rugiendo y despertando en mi alma la rebelión. Soporté la fantasmagórica en silencio y en cuanto se disipó, en cuanto me libré del ensueño, sentí algo dentro de mí que me impulsaba a hablar.

Las sombras se unieron nuevamente, en un solo grupo, y formaron confusa nube donde vigilaban pupilas multicolores, las pupilas de mis personajes} que me miraban angustiosas. Y mi malestar y mi vergüenza aumentaban bajo la mirada de estos ojos inertes, fríos, punzantes.

Cesó de aullar la tempestad y con ella todos los ruidos. Ya no oí más el tic-tac del reloj, ni el murmullo de la nieve al caer, ni la voz misteriosa que antes me había hablado. El silencio era absoluto, y la visión permanecía suspensa en el aire como esperando…

Y yo, yo también esperaba apasionadamente, con todas las fuerzas que le restaban a mi alma.

Al fin no pude contenerme más tiempo y grité:

—Pero ¿qué queréis de mí? ¿Qué pretendéis?

Entonces la voz lenta e impasible habló de nuevo:

—Responde tú a mis preguntas: ¿Por qué has escrito todos esos dolores? ¿Por qué, no conformándote con desgracias reales, con la infelicidad tangible y visible de la vida, has inventado nuevas torturas y te esfuerzas en vestir de realidad tus fantasías? ¿Qué te propones? ¿Deshacer los últimos alientos que les quedan a los hombres? ¿Arrancarles toda esperanza de mejoramiento, mostrándoles sólo el mal? ¿Acaso eres enemigo de la luz y te complaces en amontonar negruras y tristezas sobre el ya negro y triste desencanto humano? ¿O es que odias tanto a los hombres que quieres anular en dios el deseo de vivir presentándoles la existencia como un suplicio sin término? ¿Cuáles son tus propósitos? Contesta. Dilos.

Yo permanecía mudo, estupefacto de terror, consternado.

Estos reproches eran demasiado extraños. Todos los escritores emplean los mismos asuntos e iguales recursos sentimentales, sobre todo cuando se trata de cuentos de Navidad. Se coge de cualquier sitio a un infeliz muchachuelo, a una pobre niña o a unos viejos tímidos y se les hace morir de frío bajo los balcones de una casa opulenta donde brille el árbol simbólico. Es la costumbre, y si de algo soy culpable no es más que de eso, de seguir la costumbre.

Procuré disculparme:

—Escuchad, sombras: No sé quiénes sois ni quiero saberlo. Pero me habéis interrogado y creo un deber mío contestaros; después de lo cual espero que no me negaréis el derecho a dormir tranquilo el resto de la noche. Mi idea al describir esas miserias, esas crueles agonías de hambre y de frío no es otra que la de despertar en mis semejantes sentimientos humanitarios y compasivos. Llamo con palabras amargas a los corazones secos y cerrados.

Un largo estremecimiento recorrió el grupo de las sombras. Después se pusieron a girar locamente, retorciéndose, luchando contra un invisible torbellino que pretendía llevárselas, rompiéndolas…

El huracán aullaba, silbaba, reía, mugía… Y las sombras seguían su macabra danza, febriles, dislocadas. Todo en ellas danzaba, menos las pupilas muertas en el fondo de las órbitas.

Sentía bañado en frío sudor mi cuerpo. Los cabellos se me erizaron.

— Se ríen —dijo la voz impasible.

—¿De quién?

—De ti.

—¿De mí? ¿Por qué motivo?

—Por la ingenuidad de tu infantil defensa. ¿Pretendes, pintando dolores imaginarios, despertar la bondad en los corazones sordos a los dolores reales? Piensa en tu candidez, piensa en que si la realidad miserable no enternece a los hombres ni les conmueve, mal podrá conseguir ese enternecimiento y esa emoción tu pobre fantasía. ¿Y crees triunfar, tienes esperanzas de triunfal de ese modo?

Seguían las sombras exhalando su muda carcajada. Me parecía una carcajada interminable que la oiría ya siempre mientras viviera, y hasta la hora de mi muerte. Fuera también reía el viento. Y la voz implacable seguía hablando.

Quise escapar de la obsesión hundiendo la cabeza entre las almohadas.

De pronto, resbalando del lecho, me sentí precipitado en un sombrío abismo, y rodaba medio asfixiado por la rapidez de la caída.

Silbidos, aullidos y la risa aterradora de las sombras cayeron conmigo, persiguiéndome. Y a través de las sombras y de las tinieblas lucía el brillo hostil de sus miradas…

* * *

Desperté con el sol, dolorida la cabeza, oprimido de angustia el pecho, exhausto.

Mi primer acto fue abalanzarme sobre las cuartillas donde había escrito la aventura del viejo ciego y su compañera. Las rasgué sin leerlas. En el aire claro de la mañana arrojé los pedazos, que volaron largo rato antes de llegar al suelo, satisfaciendo así el deseo de la nocturna alucinación. Volaron aquellos pedazos blancos en los que yo pretendí narrar el inagotable dolor de los humildes, sus amarguras, sus infinitos sufrimientos…

¡COMPAÑERO!

En aquella ciudad todo era extraño, raro e incomprensible. Un sinnúmero de iglesias levantaban al cielo sus cúpulas lucientes y polícromas, pero las paredes y las chimeneas de las fábricas eran más altas que los campanarios, y los templos hallábanse envueltos por el tumulto de los edificios industriales perdiéndose entre los rectos muros de piedra, como flores fantásticas entre el polvo y la desolación de las ruinas.

Y cuando las campanas de las iglesias llamaban a la oración, sus broncíneas voces, arrastrándose sobre el hierro de los techos, se perdían apagadas en las calles estrechas, tortuosas y en los angostos laberintos de las casas.

Los edificios eran inmensos y algunos, muy pocos, bonitos; las gentes deformes y mezquinas. De la mañana a la noche, los hombres, como corrientes grises, oscuras y opacas marchaban agitados por las calles angostas y sucias de la ciudad y con ávidas miradas buscaban Unos el pan, otros las diversiones, otros, finalmente, parados en las bocacalles, espiaban ansiosos y hostiles el espectáculo de los débiles doblegándose a la voluntad de los fuertes.

Fuertes eran llamados los ricos. Todos creían que sólo el dinero podía dar poder y libertad al hombre. Todos deseaban el poder, porque todos sufrían la esclavitud; el lujo de los ricos hacía nacer la envidia y el odio de los pobres; ninguno conocía música más agradable que el tintineo del oro, y como consecuencia, cada uno era enemigo del otro y la crueldad a todos los dominaba.

Por encima de la ciudad resplandecía alguna vez el sol, pero la vida, era siempre tétrica y los hombres semejantes a las sombras. De noche encendían muchas y alegres luces; pero entonces por las calles aparecían mujeres hambrientas vendiendo sus caricias; por todas partes penetraba en la nariz el agudo olor de los manjares y en cualquier sitio se veía brillar, silenciosos y ávidos, los tristes ojos de los hambrientos. Y por el espacio, lentamente, subía el lamento sofocado de una inmensa, de una tremenda infelicidad, a la que faltaban fuerzas para manifestarse en alta voz.

Todos vivían fatigados y agitados; todos se sentían culpables; muy pocos estaban seguros de tener razón, pero estos pocos, rudos como bestias, eran los más crueles, los más implacables…

Todos querían vivir y ninguno sabía cómo; nadie podía seguir libremente las propias aspiraciones, y a cada paso hacia el porvenir se veía obligado involuntariamente a volverse hacia el presente, el cual, con manos fuertes y pesadas como las de un ávido monstruo, detenía al hombre en su camino y le envolvía en sus lúbricos abrazos.

El hombre, angustiado y perplejo, se detenía extenuado ante aquella faz fea y monstruosa de la vida. Esta, con sus mil ojos tristes le miraba en el corazón

implorando alguna cosa, y entonces se debilitaban en el alma del hombre las imágenes distintas del porvenir, y su lamento de impotencia se perdía en el coro discordante de los gemidos, de los gritos de todos los infelices mártires de la vida.

Se notaba en todo momento el fastidio o la agitación o el miedo; y en tomo a aquellas gentes, inmóvil, como una prisión, reflejando los vivos rayos del sol, estaba aquella ciudad melancólica y tenebrosa, aquellos grupos, regulares, desagradables, de piedras que rodeaban los templos.

La música de aquella vida no era más que un lamento de dolor, de odio y de cólera, un apagado susurro de animosidad encubierta, un grito seco, desgarrador de crueldad, un rechinamiento voluptuoso de violencia.

• • •

En medio del triste y vano afanarse entre dolores y desventuras, en la confusa convulsión de la avidez y de la necesidad insatisfechas, en el fango del bajo egoísmo, por los subterráneos de las casas, donde vivía aquella miseria que había creado la riqueza de la ciudad, giraban invisibles soñadores, solitarios llenos de fe en la humanidad, aislados de todos; inquietos predicadores de rebelión, chispas sediciosas del lejano fuego de la verdad.

Llevaban consigo a los subterráneos, secretamente, pequeñas semillas, fructíferas siempre, de una doctrina simple, bella y elevada, austeramente, con una brillante luz en los ojos, o dulcemente y con amor, sembraban aquella verdad evidente y deslumbradora en los oscuros pechos de los hombres esclavos, transformados, por la fuerza de los avaros y por la voluntad de los crueles, en instrumentos ciegos y taciturnos de lucro.

Y estos hombres oscuros y esclavos, desconfiados aún, prestaban oído a la música de las nuevas palabras, música agradable que su corazón invocaba confusamente hada ya mucho tiempo. Levantaban poco a poco la cabeza, e iban rompiendo las cadenas de las hábiles mentiras con que les tenía oprimidos la violencia de los potentados.

A su vida, llena de animosidad callada y reprimida; a sus corazones, envenenados por innumerables ofensas; a su conciencia, a aquella existencia difícil y triste, llena de amarguras, de humillaciones, de dolores, llegaba una palabra simple y serena: ¡Compañero!…

La palabra no era nueva para ellos; la habían oído y pronunciado alguna vez, pero hasta aquel momento había tenido un significado vacío, sin calor de humanidad, como todas las palabras conocidas que se pueden olvidar sin sentimiento.

Pero ahora aquella palabra, clara y fuerte, tenía otro sonido, otra emoción, otra alma; se sentía en ella algo de rudo, de deslumbrador, de poliédrico, como un brillante. La aceptaron y comenzaron a pronunciarla con cautela, meciéndola con

dulzura en el corazón, acariciándola, como una madre que arrulla y mece a su hijito en la cuna.

Cuanto más profundamente penetraban en el alma serena de la palabra, tanto más serena, significativa y clara se les aparecía.

—¡Compañero! —decían.

Sentían que esta palabra había venido para unir a todo el mundo, para realzar a todos los hombres a la altura de la libertad, para ligarlos con nuevos vínculos: vínculos fuertes de estimación recíproca, de estimación y deseo por la libertad del hombre, por su redención.

Cuando esta palabra se grabó en el corazón de los esclavos, éstos empezaron a dejar de serlo, y un día anunciaron a la ciudad y a todas sus actividades otra gran palabra humana:

—¡No quiero!

Entonces la vida se detuvo, porque ellos, los esclavos, son la fuerza que le da movimiento. Se detuvo la corriente de agua, el fuego se apagó, la ciudad cayó en las tinieblas y los aparentemente fuertes se sintieron niños.

El miedo se apoderó del alma de los violentos y se vieron en la necesidad de cubrir su animosidad contra los rebeldes, inciertos y aterrorizados ante su fuerza, que despertaba.

El espectro horrible del hombre se levantó ante ellos, y sus hijos lloraron.

Las casas y los templos, rodeados por las tinieblas, se confundieron en un caos de piedras y de hierro sin alma; un silencio siniestro llenó las calles; la vida se detuvo, porque la fuerza que la hacía desenvolverse se había conocido a sí misma; el hombre esclavo había encontrado la palabra adecuada, mágica, invencible, para expresar su voluntad; se había libertado de la opresión y había reconocido su fuerza, fuerza de creador.

Los días eran días de angustia para los poderosos, para aquellos que se creían dueños de la vida. Cada noche valía por mil, tan espesas eran las tinieblas, tan mezquinamente brillaban las luces en la ciudad muerta. Esta ciudad, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó entonces ante ellos en su monstruosa nulidad, como un mísero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas de las casas, frías y tristes, permanecían cerradas, y por las calles caminaban atrevidamente los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que los otros, pero estaban acostumbrados a ella, y los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los potentados ni apagaban el fuego de su alma. Ardía en ellos la conciencia de su propia fuerza y el presentimiento de la victoria brillaba en sus ojos.

Caminaban por las calles de la ciudad, de aquella prisión melancólica y angosta donde hablan vivido despreciados, donde habían sido ultrajados, y veían la inmensa importancia de su trabajo, lo cual les hacía concebir el sagrado derecho que tenían de

ser dueños de la vida, de ser sus creadores. Entonces, con energía nueva, con refulgente claridad, se les presentó la palabra capaz de vivificar y unificar:

—¡Compañero!

Resonó entre las mentidas palabras del presente como un anuncio del porvenir, de una nueva vida abierta a todos igualmente.

—¿Cuándo? —se preguntaron, y comprendieron que esto dependía de su voluntad, porque ellos pueden aproximar la fecha de su libertad, como alejar su llegada.

* * *

La prostituta, hasta ayer bestia medio hambrienta, que esperaba con angustia en la oscura callejuela la llegada de alguien que se le acercase y comprase sus forzosas caricias por unas cuantas monedas, también oyó aquella palabra, pero, sonriendo, turbada, no se decidía a repetirla. Un hombre de los que hasta entonces no se había encontrado jamás, se le acercó, le puso una mano sobre el hombro y le dijo con tono fraternal:

—¡Compañera!

Y ella sonreía tímidamente para no prorrumpir en un llanto de alegría. Porque era la primera vez que su corazón ultrajado sentía el gozo de una caricia tierna y plena de emoción. En sus ojos, que ayer miraban el mundo descaradamente con la expresión estúpida de un animal hambriento, brillaron las lágrimas de una primera felicidad pura. Este gozo de la comunión de los abyectos con la gran familia de los trabajadores brillaba por doquiera en las calles de ciudad, en tanto que, más fríos y más siniestros, lo observaban los túrbidos ojos desde las casas cerradas.

El mendigo, al que por alejarlo se le lanzaba una mísera moneda, precio de la compasión de los hartos, oyó también esta palabra, y le pareció la primera limosna capaz de suscitar algo de gratitud en su pobre corazón, corroído por la miseria.

El cochero, joven ridículo, a quien los señores golpeaban en la espalda para que transmitiese el golpe al caballo extenuado, este hombre golpeado tantas veces, ensordecido por el ruido de las ruedas sobre el empedrado, dijo también al transeúnte, abriendo los labios a una sonrisa franca:

—¿Adónde te llevo, compañero?…

Dijo, aunque con miedo, tiró de los bridas pronto a escapar, y se puso a mirar al transeúnte, no sabiendo disimular en el rostro, ancho y rojo, la sonrisa jovial y alegre.

El transeúnte le miró con ojos benévolos y respondió, inclinando la cabeza:

— ¡Gracias, compañero! Puedo ir a pie, no está lejos.

—¡Oh! ¡Madre Inmaculada!… —exclamó el cochero reanimado; giró sobre su asiento silbando alegremente y partió riente, satisfecho.

Los hombres caminaban en grupos por las aceras, y entre ellos, como una chispa, se inflamaba cada vez con más frecuencia la gran palabra destinada a unir el mundo:

—¡Compañero!

Un polizonte de espesos bigotes, pensativo, se acercó con aire de importancia a la multitud que en la esquina de una calle rodeaba a un viejo orador, y después de haber escuchado largo rato un discurso, dijo, cohibido, lentamente:

—Están prohibidas las reuniones… separaos… señores…

Y después de un momento de silencio, miró al suelo y dijo en voz baja:

—¡Compañeros!…

En los rostros de aquellos que llevaban esta palabra en el corazón, que la habían dado carne y sangre y emoción, y su alto significado de llamada a la unión, brillaba el sentimiento de orgullo de los jóvenes creadores, y se observaba que la fuerza que ellos ponían en esta palabra no podía ser destruida jamás.

Ya se reunían contra ellos turbas grises y ciegas de hombres armados que formaban silenciosas filas regulares; la enemiga de los violentos se preparaba a rechazar las ondas de la justicia.

Y en las calles estrechas, angostas y tortuosas de la inmensa ciudad, entre los muros fríos y silenciosos, erigidos por la mano de creadores desconocidos, crecía cada vez más y se maduraba la gran fe de los hombres en la fraternidad de todos con todos:

—¡Compañeros!

Acá y allá se encendía un pequeño fuego llamado a ser una llama que abrasará la tierra con el vivido sentimiento de la fraternidad de todas las gentes.

Abrasará toda la tierra y quemará y reducirá a cenizas el odio y la crueldad que nos deforman; abrasará todos los corazones y los fundirá en uno sólo: el corazón de los hombres justos y nobles en una familia indisoluble, libre y trabajadora.

En las calles de la ciudad muerta, creada por esclavos: en aquellas calles donde reinaba la crueldad, creció y se esforzó la fe en el hombre, en su victoria sobre sí mismo y sobre los males del mundo.

Y en el caos confuso de la vida agitada y privada de alegrías, como estrella luminosa, como faro del porvenir, brilló la palabra simple, sencilla, profunda, como el corazón:

—¡Compañero!

EL HÉROE

La vieja Iserguila dormitaba moviendo la cabeza.

En las lejanías de la estepa tenebrosa y oscura, aparecían, de vez en vez, llamitas azules. Brillaban y se extinguían, como cerillas que alguien encendiera y apagara el viento. Eran extrañas, fantásticas llamas azules.

—¿Ves aquellas chispas? —preguntó Iserguila.

—¿Aquellas chispas azules que brillaban en la estepa? —contesté, preguntando.

—Sí, las azules. Yo ya no las veo.

—¿De dónde vienen esas llamitas? —pregunté a la anciana.

—Esas chispas provienen del corazón de un hombre. Hubo una vez un corazón que se inflamaba… De él surgieron esas chispas. Ya te lo contaré todo eso. Es un cuento viejo. De cuando los hombres eran más bellos y más fuertes. Los hombres hermosos escasean cada vez más. Ahora, los hombres se acomodan más fácilmente a la existencia vulgar. Se quejan de todo y son incapaces de gestos y hechos heroicos.

Y, absorta en sus ensueños, mirando a la estepa, empezó a contar la historia del corazón inflamado.

Hela aquí:

—En los tiempos antiguos había un país, no sé dónde, rodeado de bosques impenetrables; se abría por uno solo de sus lados a una estepa cuya verdura se perdía a lo lejos, a lo lejos, en el horizonte…

En aquel país vivía, en los tiempos más lejanos, un pueblo poderoso. Llenos de ardor y de vigor, aquellos hombres gustaban la alegría del vivir y nada ambicionaban.

Pero un día ocurrieron grandes desdichas. Del fondo de la estepa se lanzó sobre ellos una horda extranjera, que les lanzó a lo más profundo del bosque, allá donde las brumas estaban suspendidas por encima de los pantanos.

Los árboles se levantaban del suelo, tan cerca unos de otros, que sus ramas enmarañadas ocultaban la bóveda del cielo. Apenas si el sol las podía atravesar; y cuando sus rayos conseguían llegar hasta la superficie de las aguas cenagosas, tales miasmas se esparcían en el aire, que los pulmones más robustos, padecían. Entonces, las mujeres y los niños rompían a gemir, y fúnebres pensamientos ensombrecían las frentes de los hombres.

Hubieran querido abandonar estos lugares malditos. Pero ¿qué hacer? ¿Volver atrás y caer en las manos crueles de los enemigos, o hundirse más profundamente aún en lo desconocido, en el corazón del bosque?

Ninguno tenía bastante ánimo para tomar una resolución, aunque todos eran fuertes como robles.

Silenciosos, rígidos como columnas de piedra, los árboles erguían sus troncos en la penumbra grisácea. Por la tarde, cuando llameaban las hogueras del campamento,

sus brazos extendidos parecían querer enlazar a los hombres en un abrazo más estrecho todavía. Y cuando el viento sacudía sus cabelleras trémulas, la gran voz del bosque dejaba oír un sordo gemido, una melopea lúgubre y amenazadora, una especie de canto fúnebre para los desgraciados que se habían refugiado a su amparo.

Continuaban meditando, mudos, respirando el aliento emponzoñado de las aguas; continuaban durmiendo cerca de las hogueras del campamento, a cuyos reflejos aparentaban danzar sombras silenciosas… Y, para todos, aquellas sombras que danzaban eran los malos espíritus del bosque y de los pantanos, que se burlaban de sus desventuras.

Nada aniquilaba tanto el cuerpo y el alma como el abatimiento. Así es como, poco a poco, aquellos hombres sentían debilitarse su fuerza y ensombrecerse su voluntad. La cobardía y la falta de ánimo se apoderaban de ellos y ataban sus manos, otro tiempo tan robustas. Ante el cadáver, de aquellos a quienes cada día hacía perecer las exhalaciones de las ciénagas, las mujeres lanzaban lamentaciones y gritos de desesperación que, contenidos primero, subían ahora, desgarradores, hacia la bóveda sombría.

Y otras veces, llenos de una súbita rabia, pensaban en ir directamente contra el enemigo, con peligro de su libertad y de su vida, porque la esclavitud y la muerte eran preferibles a aquella tortura…

Entonces fue cuando, entre los hombres, se destacó Danko.

Tenía la belleza y el ardor de la adolescencia. Los hombres hermosos son siempre bravos. Dirigiéndose a sus compañeros, les dijo:

— Hermanos, el pensamiento no resuelve, por sí solo, todos los problemas. Necesita el concurso de la acción. Si hay una piedra en medio del camino, con pensar solamente en que es un obstáculo, no ha de desaparecer. Es precisa la acción, para que la piedra no obstruya el paso. ¿Por qué enervar nuestras fuerzas en pensamientos sombríos? ¡Levantaos! Atravesemos el bosque. Como todas las cosas de la tierra, es natural que el bosque tenga su fin. Vamos, hermanos, ¡en marcha!

Todas las miradas cayeron sobre el que hablaba así. En sus ojos brillaba tal resolución, tal convencimiento de la victoria, que, como un solo hombre, todos tendieron sus brazos hacia él y le aclamaron.

Se puso a su cabeza, y ellos siguieron a su guía, llenos de confianza. ¡Ah! El camino era áspero. Los árboles, los tallos, se entrelazaban como serpientes, formaban un muro casi impenetrable; cada día, una nueva víctima se hundía en las profundidades de la ciénaga. Cuanto más se avanzaba, más el bosque y el pantano multiplicaban sus asechanzas, más se agotaban las fuerzas también.

Empezaron a oírse las murmuraciones. Se dudó de Danko, se dijo que era joven e inexperto.

—Va sin rumbo… Nos extravía…

Pero sin perder su valor, y seguro de vencer, Danko iba siempre adelante, a la cabeza de todos.

Un día la tempestad asaltó el bosque, haciendo oír su sorda y amenazadora voz. Le envolvió una gran oscuridad, como si todas las noches que se han sucedido desde el nacimiento de la tierra hubieran acumulado en aquel lugar su horror angustioso y siniestro.

Bajo los árboles gigantescos caminaban los hombres minúsculos. Y los árboles robustos se cimbreaban como rosales. Zigzagueaban los relámpagos, lanzando súbitamente, a través de la noche, sus zarpas de espectros, como para arrebatar a los seres extraviados que huían, tan pronto deslumbrados por la luz como sumergidos en las tinieblas.

Extenuados, se detuvieron al fin, y rodearon a Danko. Empezaron a gritar:

—¡Nos ha engañado!… ¡Nos ha perdido!… ¡Muera!… ¡muera!…

De pronto, la tempestad se calmó. Un último relámpago, como un presagio, pareció confirmar este juicio, y un estremecimiento de placer pasó sobre las cimas.

—¡Hombres débiles! —gritó Danko—. Vosotros me habéis elegido por guía. Conozco el fin, y voy directamente a él, menospreciando los obstáculos. Pero sin conservar el valor y la fuerza para sobreponeros a ellos, os dejáis abatir por la extensión del camino. Y es un rebaño de cobardes lo que yo llevo detrás de mí.

Otra vez se levantaron gritos de muerte, y el bosque los acogió.

Danko miró a aquellos por quienes se había sacrificado, y vio que eran semejantes a bestias. Detrás de aquellos ojos fijos en él, no había almas. Comprendió que ninguno le tendría misericordia y, ante esta ceguedad, estalló la indignación en su corazón. Luego, le invadió una piedad inmensa, una angustia indecible, y le hizo pensar que, sin él, aquel pueblo amado caminaría hacia la muerte. Se apoderó de él un deseo todavía más ardiente de salvar a aquellos miserables. Este ardor iluminó su mirada. Pero, sin comprenderle y para oponerse a su cólera, apretaron más estrechamente el círculo.

Y la muchedumbre rugía sin cesar; los relámpagos desgarraban la noche y el bosque cantaba siempre su lúgubre canción.

Permaneció con la frente levantada; en sus ojos brillaba una llama a la que afluía todo su amor.

—¡Oh, sálvalos!… se gritó con una voz que dominó el mugido de la tempestad.

Y entonces… Entonces, desgarrando su pecho, se sacó el corazón y, con las dos manos en alto, lo levantó por encima de su cabeza.

El corazón irradiaba como el sol.

El bosque quedó, de repente, en silencio, y ante la llamarada de amor, la oscuridad retrocedió, cediéndola el sitio. Sobre los mismos abrojos, a ras de las aguas estancadas, la irradiación se extendía…

El pueblo quedó petrificado por el espanto.

—¡Vamos! —gritó Danko, y se lanzó hacia adelante. Con paso firme, ocupando su puesto, elevado siempre, para mostrar el camino, el corazón deslumbrador.

Todos le siguieron. El bosque, sorprendido, sacudió su cabellera y nuevamente hizo oír su mugido… Pero los pasos de los hombres apagaron su voz. Poique ahora marchaban todos sin temor, encauzados por la estela del corazón llameante, dominados por una fuerza irresistible y mágica. Todavía caían víctimas innumerables, pero se dormían en la muerte sin una lágrima, sin un lamento.

Danko caminaba siempre delante de sus compañeros, sosteniendo su corazón aureolado de luz.

Y he aquí que, bruscamente, el bosque, vencido, se separó delante de ellos, dejándoles libre el paso, y cerrando después sin ruido su espeso muro. Con todo su pueblo, Danko se precipitó en la luz, en el sol, en el aire puro, perfumado con el aroma de las plantas.

La tempestad estaba ahora detrás de ellos. El sol extendía su divino resplandor sobre la estepa ondulada, sembrada de flores… Miríadas de gotas de rocío brillaban entre la hierba.

Acababa la tarde. Los rayos del sol se ocultaban, coloreando de púrpura el torrente, cuyas espumas eran rojas como la sangre que brotaba del pecho de Danko.

Moribundo ya, lanzó una mirada postrera sobre la estepa inmensa en que su pueblo libre iba ahora a vivir, y el héroe cayó al suelo y expiró…

Los árboles, en lontananza, admirados, dejaron oír un murmullo; se deslizó una brisa sobre el césped, salpicado de su sangre. Pero, alegres, ebrios de esperanza, los hombres no pensaban ya en él y no veían que el corazón ardiente llameaba siempre al lado del cadáver.

Uno de ellos se apercibió de pronto y, prudentemente, le aplastó con él pie.

El corazón de Danko despidió aún algunos fulgores; luego se extinguió…

Y es de este corazón de donde provienen todavía las luces azules que, antes de la tempestad, brillan en la estepa como pequeñas lenguas de fuego.

* * *

Cuando la vieja hubo acabado su hermoso cuento, una calma espantosa se esparció por la estepa, como si quedara asombrada al saber la proeza del temerario Danko, que dejó arder su corazón por amor de los hombres y murió tan bellamente. Apoyada sobre su asiento, la vieja se estremecía de cuando en cuando. Yo la miraba absorto, pensando en el gran corazón flamígero de Danko y en la fantasía humana que creó leyendas tan bellas y vigorosas. Pensaba también en los tiempos antiguos de los héroes y las hazañas, y, por contraste, se me representaba nuestra época triste, pobre en hombres fuertes y en grandes acontecimientos; rica en desconfianza fría, que de todo hace burla; tiempo miserable en que pululan los hombres raquíticos de corazón muerto antes de nacer…

Sopló el viento y levantó los harapos que flotaban sobre el pecho seco de la vieja Iserguila, que se había dormido profundamente.

Cubrí su viejo cuerpo y me tendí en el suelo junto a ella. La estepa estaba silenciosa y sombría. Lentas y tristes se arrastraban las nubes por el cielo… El mar murmuraba una queja sorda y plañidera. La vieja Iserguila dormía cada vez más profundamente…

Quizá dormía ya su último sueño.

EL ANCIANO

Las gentes, formando sombrías y apretadas masas, se agolpaban alrededor de la Vida lo mismo que los mendigos harapientos rodean a la esposa de un rico mercader a la salida del templo, gimiendo, quejándose, llorando lastimeramente para pedirle que les prestase atención; y se estrujaban unas a otras arrastrándose a sus pies con ansia suprema, con la locura horrible de los deseos miserables.

Retorciéndose y saltando como grises sapos, como frías serpientes, privadas de veneno gracias a su debilidad, lanzando aullidos de locura cegados por la avaricia, por sus despreciables deseos, no veían el rostro luminoso de la Vida, que, esparciendo radiantes resplandores, se inclinaba hacia ellos con sabia sonrisa y callaba escuchando con calma el horrible concierto de quejas, de lamentos y de gemidos.

—¡Eres monótona, eres pobre, eres mezquina!… —dijo con profundo tedio un aburrido—. He estado en todas partes, todo lo conozco, he visto las ruinas del pasado y he conocido las angustias del presente. ¿Qué me importa el porvenir? Creí que tus dones eran infinitos y que era inagotable la generosidad de tu mano, y mira, ya no hay en todo el mundo nada que desee ver ni nada que aspire a poseer. ¡Dame alguna aspiración más, concédeme la posibilidad de que desee algún fin, haz que las ansias den nueva existencia a mi alma! Enséñame algo nuevo, haz que mi curiosidad se incline a lo desconocido, si es que tu esencia,' como supuse en mi juventud, es infinita. Mas, para mí estás ya exhausta, agotada y eres tan mísera, tan limitada como una mendiga.

Un esclavo suplicaba, murmurando:

—¡Haz, si eres justa, que los poderosos no pisoteen mi voluntad! Estoy aniquilado por las fatigas del trabajo esclavo; no dispongo del pan que necesito; mis hijos se mueren de hambre y nadie se apiada de mí. Infunde en el fuerte espíritu de piedad hacia los débiles: ampárame, si eres amante de La justicia.

—¿Por qué existes? —preguntaba un sabio—. ¿Qué pensamiento se encierra en el caos confuso de tus juegos? ¿Por qué se atormentan estas gentes? ¡Contesta, si tienes juicio, si tienes la luz de la razón!

—Eres la encamación de la locura, y no de la razón —exclamó un poeta—. Lo mismo que el niño, cansado de un juguete, lo rompe, destrozas aquello cuya creación tanto trabajo ha costado a las gentes, ¡oh, esclava cruel del tiempo! Te burlas sin reparo del mejor sentimiento del hombre, del amor, al que debe la vida, al que tú misma debes tu esencia. Has hecho de él un demonio risible.

—¡Tú me has engañado! —gruñó, ofendido, un hombre sin dientes, de rojizo pelo, cuya nariz le colgaba sobre el amarillo semblante—. Yo fui joven y te amé con todas las fuerzas de mi corazón; todo el entusiasmo de mi juventud lo consagré al amor a là mujer, que es la más adorable de tus creaciones… Pero en el fondo de la

copa del placer pusiste él veneno de la enfermedad y aniquilaste mi cuerpo y me despojaste, como un ladrón a un transeúnte. ¡Devuélveme la salud, esa maravilla que ha huido de mi rostro!…

—¡Indícame un lugar en tu regazo! —exclamaba lastimero un fracasado—. Quise ser labrador de tus campos… y carezco de fuerzas para ello. Aspiré a sabio, pero ignoro dónde está la verdad y qué es lo que puedo predicar sin inducir a error a los hombres. ¡Quise representar en colores tu aspecto multiforme, tan expresivo, pero no tengo talento; quise relatar tus hechos en un libro, pero carezco de condiciones para hacerlo! ¿Por qué me creaste con los dedos cortos, si deshechas, hambrientas de pan, de amor y de besos, sexo, agotadas por las desgracias de la maternidad, quiero ser músico? ¿Qué debo hacer? Dímelo, tú que eres sabia. Mi inutilidad me repugna, gritó desilusionado, abatido.

—¿Por qué no veo? —preguntaba un ciego, ocultando su rostro moribundo—. ¿Por qué me hiciste nacer ciego?

Y hasta los sordomudos decían algo, moviendo velozmente las manos, expresando con ellas oscuros lamentos. —Quiero ser rico, poseer de todo; pero no tengo más que den miserables rublos al mes— exclamó uno.

Los únicos que estaban alegres eran los niños y los borrachos…

—¡Échalos a todos, échalos! —gritó un beodo, dando traspiés—. ¡Manada inmunda de andrajosos que grita sin cesar!… ¿Quién embriagará al hombre con el vino, si él mismo no se embriaga?

Y, riendo, se fue.

Las mujeres, agriadas por los sufrimientos de su sexo, agotadas por las desgracias de la maternidad, deshechas, hambrientas de pan, de amor y de besos lloraban con amarga desesperación, con salvajes arranques de dolor.

Y multitud de gentes se mataban: unas, para arrojar su cadáver en el camino de los que desdeñaron su amor; otras, para ahogar en sus pechos el miedo a la vida; todas, porque se daban cuenta de su pequeñez y sólo algunas, por orgullo. La muerte de estas últimas, pasaba inadvertida para todos.

Como enjambre de moscas, daban vueltas, poseídas de dolorosa excitación, aumentándose mutuamente el dolor y las heridas con la amarga pena que expresaban sus lamentos. Y en medio de aquel concierto macabro, de aquellos rugidos de desesperación, de impotencia, de sordideces morbosas, sonaban las voces despreocupadas de los niños como el rumor de lejano manantial que ofreciera en holocausto a la vida la grata risa que produce la embriaguez de las fuerzas por ella creadas.

* * *

A través del tumulto, marchaba solitario un anciano dirigiéndose con paso lento hacia el sol, que, al ocultarse, bañaba la tierra en los cadavéricos resplandores de sus

rayos postreros. Iba despacio, taciturno, silencioso, sin cuidarse del ruido que se hacía en tomo suyo, subyugado por la contemplación del espléndido juego de colores ígneos reflejados en el cielo de la tarde. Miraba hacia adelante y sus ojos, blandamente, suavemente, sonreían.

— ¡Anciano! —le gritaron—. Di tus quejas, también.

Movió la cabeza en señal de negativa.

—En mi corazón no hay quejas —dijo—. Fui siempre amigo de la vida, y como amigo suyo marcho hada el ocaso de mis días. Bebí a grandes tragos en el océano de sus riquezas y mi alma sentía amor profundo hacia ella, mi buena, mi benigna amiga. Mi vida fue hermosa y rica como el fuego del sol en las cumbres nevadas de los montes, como el cielo estrellado en las cálidas noches de verano. Amé, y no una vez sola, y en alguna ocasión mi corazón quedó herido; pero me enorgullezco de mis sufrimientos porque eran sinceros y puros; no aumentaba yo su fuerza con mis ayes, ni el odio hacia el causante de ellos disminuía mi dolor. En los días de angustia, las mujeres fueron para mí como Hermanas de la caridad, y en los años de amor, madres de mis mejores sentimientos.

Conozco la inmensidad de la estepa y la estrechez de la cárcel, pero nada refrenaba la libertad de mi espíritu; la soledad es un beneficio para el hombre, puesto que la vida al alma del fuerte: Fui revolucionario: ardiente y lleno de coraje, me batí contra los males, y cuando los vencía, jubilaba, y cuando era vencido, no me desesperaba, porque la fe en la victoria de la verdad se arraigaba más en mí, y los acerados dientes de mis desgracias no podían hacerle mella. Comprendí que la duda no es más que la ignorancia; me esforcé en saber y hallé en el conocimiento la llama inextinguible de la fe.

Yo amo todas las flores y todos los colores de la tierra, y el hombre, lo mejor que existe, fue para mí siempre un enigma tan maravilloso, que no me cansaba de estudiarlo.

Cuando le veía rodeado de tinieblas, se me llenaba el alma de amargura y de pesar; cuando le veía alegre, yo también disfrutaba. Luché con él viendo sus maldades y me desesperé ante su falta de juicio, pero hasta en los momentos de ira le guardé respeto. Jamás traté de llamar la atención de las gentes hacia mí, porque lo que ellas podían darme nada vale y sí vale mucho lo que uno mismo puede dar a los demás. Nada importa lo que de uno digan, sino lo que uno piense de las gentes.

Viví siempre solo, viví conmigo mismo. Lo que los demás necesitaron de mi alma, lo di con gusto; lo que necesitaba yo solo, eso lo guardé en lo más hondo de mi corazón, para no entristecer a mis semejantes con el dolor de mi alma, con la amargura de las horas de desesperación y de cansancio. No lloré, ni gemí con las gentes, sino que les entregué todo el caudal de mi risa y de mi alegría. Las heridas de mi corazón se cicatrizaban pronto; yo no las mostré a nadie ni me hicieron perder la razón, porque sabía que, por ser hombre, nací a costa del dolor y de la sangre de mi madre, y que mi alma fue madre y generadora de todos los deseos de la vida.

Sé aún más: sé que todo lo que no es bello, debe desaparecer, como algo inútil para los demás, porque cada vez resulta más evidente la inutilidad de lo antipático y de lo feo. Saqué de la vida todo lo que pude y todavía me aprovecho de su generosidad, pues aún vivo. Mas, aunque me encamine hacia el poniente de mi existencia, y marche hacia las tinieblas del olvido, hacia el abismo del eterno silencio, marcho con una sonrisa de gratitud, como ese sol que acaba tan sereno, en este día límpido, después de haber derramado en el seno de la tierra, con sus rayos, todas sus fuerzas y todas sus alegrías. Mi vida fue bella, hallé el camino que debía seguir y a nadie tengo que agradecérselo. ¡Adiós!

Y, lentamente, marchó hacia el ocaso de su vida, en tanto que los niños, riendo y jugando, corrían tras él.

EL VAGABUNDO YEMELIÁN

Estábamos tendidos sobre la playa arenosa, a unas tres verstas de Odessa, de donde habíamos salido por no hallar trabajo, y, hambrientos ya, discutíamos acerca de nuestro porvenir. Pensábamos ir a las minas de sal, aunque este trabajo es muy pesado. Yemelián se desperezó, mirando hacia la estepa, en tanto que las olas rompían contra la orilla con suave ruido y lavaban la suciedad de sus pies desnudos.

—Bueno, iremos a las minas de sal.

—Sí… es el único recurso… Pero… ¿podrás con ese trabajo? —me preguntó sin mirarme siquiera.

—Ya lo veremos cuando estemos allí.

—Entonces, vamos —repitió Yemelián, sin hacer ni un movimiento.

—¡Andando! Antes que sea noche llegaremos a las cabañas de los pescadores, les ayudaremos a lavar las redes, y quizá nos den de cenar.

—¿De cenar? Quizá sí. Algo nos darán, pues los pescadores son buenas gentes. Vamos. Pero, hermanito, me parece que nada ganaremos porque ésta semana estamos de desgracia.

Estaba todo mojado. Se levantó, se desperezó, y, hundiendo las manos en los bolsillos de sus pantalones, que provenían de un par de sacos de harina, rebuscó en ellos, y como sus manos volvían a salir vacías, las acercó a su rostro, y mirándolas, cómicamente, dijo:

—¡Nada!… Este es ya el cuarto día que busco en vano. ¡Buena vida llevamos!

—Oye, hermanito, lo que te pregunto —continuó—. Si encontrásemos un hombre que llevara dinero, mucho dinero, subrayó, mirándome de soslayo, ¿qué es lo que harías para cuidar, como es debido, de no morirte de hambre? ¿Le darías el pasaporte para un mundo mejor?

Me estremecí.

—No, hombre, no. Nadie tiene el derecho de comprar su dicha a costa de la existencia de otro hombre —le dije.

—¡Oh, oh! ¿Estás seguro de que cualquier sujeto, en nuestra situación, no mataría al primero que se le presentase, con tal de salir de sus apuros?

—Digas lo que quieras —exclamó después Yemelián—, te aseguro que un buen golpe contra la cabeza de un potentado satisfecho, estando hambriento, no debe saber mal.

—Basta —contesté yo, irritado.

—Te aseguro que un día u otro doy ese golpe. Tengo cuarenta y siete años, y hace veinticinco que estoy pensando en el modo de darlo. ¿Sabes lo que es mi vida? Es la vida de un perro; pero como no tengo perrera, ni huesos que roer, resulta peor que la de un perro. ¿Acaso me tratan como a un hombre? No, hermanito, ¡soy menos que un

gusano o que una fiera! ¡Y tengo deseos de vivir bien! Puedes creedme, aunque no me comprendas.

Y con un movimiento brusco, acercó su rostro al mío, y dijo con rapidez:

—Una vez estuve a punto de dar el golpe; pero, tuve lástima… Si quieres, te contaré eso.

Le rogué que lo hiciera, y Yemelián empezó, fumando su pipa: «Sí, hermanito; era en Poltava… pronto hará ocho años de ello. Estaba de dependiente con un comerciante en maderas. Durante un año, todo fue bien; pero después empecé a emborracharme y a tirar el dinero, y me gasté ochenta rublos que eran del amo. Me procesaron y me encarcelaron tres meses, conforme dicen que quiere la ley; cuando salí, no sabía qué hacer ni adonde ir. En la ciudad me conocían y no podía encontrar colocación. No tenía ni dinero ni vestido para ir a otra ciudad. Fui a casa de un hombre a quien conocía; era dueño de una taberna y se dedicaba a negocios sucios, albergando a ladrones y encubriendo el producto de sus robos. ¡Ayudadme, Pawel Petroff!» —le dije.

—Bueno —me contestó—, lo haré; pero lo mejor es que tú obres por tu propia cuenta. Únicamente te digo que tu antiguo amo, el comerciante en maderas, casi todas las noches vuelve solo del bosque, atraviesa el puente del río, dirigiendo su coche, y siempre lleva en el bolsillo el dinero cobrado por su dependiente. A veces, más de trescientos rublos… ¿Qué te parece?

Reflexioné. El negocio aparecía doblemente bueno. Me vengaba de quien me hizo procesar y me enriquecía.

—Hay que reflexionar —contesté.

—Sin duda —asintió Petroff.

«Sí, hermanito: resolví dar el golpe. Me oculté aquella misma noche cerca del punto por donde debía pasar el comerciante; tenía a mi lado una barra de hierro que pesaba lo menos doce libras. Era en el mes de Octubre, si mal no recuerdo, cerca ya de Noviembre. La noche era de las más favorables: tan sombría como el alma humana…; el lugar escogido no podía ser más a propósito. Era en el puente que atraviesa el río, y al final faltaban algunas traviesas… Se vería obligado a detenerse e ir al paso. Esperé tendido en tierra. Estaba ebrio de furor y me creía capaz de matar, en aquel momento, no a uno, sino a varios hombres. Antojábaseme que la cosa no podía ser más sencilla: un buen golpe en la cabeza y nada más».

* * *

¿Imaginas acaso que un hombre puede obrar como quiere? ¡Error, hermanito! ¿Sabes, acaso, lo que harás mañana? No puedes saberlo; nadie lo sabe. No puedes decir si te dirigirás hacia aquí o hacia allá… Esperaba una cosa, y sucedió otra bien distinta, por cierto. Fue absurdo.

Vi que alguien venía de la ciudad… Me pareció observar que era un borracho que se tambaleaba. Murmuró algo, con un murmullo incoherente… Lloraba… Lo oía distintamente… sollozaba… luego se acercó y le vi… Era una mujer. Y pensé. Ya verás cómo te castigo cuando estés cerca de mí. Se dirigió en derechura al puente y de pronto empezó a gritar: ¿Por qué? Era un grito horrible, hermanito. Me estremecí. Se dirigió rectamente hacia mí. Permanecí tendido y sin movimiento, pero temblando de pies a cabeza… Mi cólera se había disipado. Entonces llegó casi a donde yo estaba; un paso más y me habría pisado. De repente se detuvo y grito de nuevo, y cayó al suelo, junto a mí. Y sollozaba, hermanito; sollozaba de tal modo que no puedo explicarte cómo se me desgarraba el corazón oyéndola. Pero permanecí inmóvil, y no decía una palabra.

Lloraba sin tregua. Una gran tristeza se apoderó de mí. Quise huir; pero la luna, que hasta entonces estuvo oculta por las nubes, apareció clara y bella. Me incorporé un poco y miré a aquella mujer…

Y entonces, hermanito, todo se derrumbó; todos mis planes se los llevó el diablo. Miraba, y el corazón se me oprimía; era una jovencita, casi una niña…, blanca, con los bucles del pelo que le caían sobre los hombros, y de sus ojos grandes y bellos, fluían, una tras otra, gruesas lágrimas.

Yo, apiadado, empecé a toser. La joven exclamó: «¿Quién hay ahí?». La había asustado.

Yo me levanté y le dije: «Soy yo».

«Y, ¿quién es usted?», me preguntó. Y sus ojos se dilataron de espanto, y temblaba como un árbol azotado por la tempestad. ¿Quién es usted?, repitió.

—¿Quién soy yo? Ante todo, no tema usted nada, señorita; no le haré ningún mal. Soy un hombre como los demás, un vagabundo.

Al decirle esto, mentía. Ya comprenderás que no podía decirle que estaba allí para matar a un comerciante. Ella me contestó: «Me importa poco; he venido aquí para ahogarme». Dijo esto con tanta seriedad, que me estremecí. ¿Qué me tocaba hacer?

Yemelián, en este momento, me miró sonriendo, y su sonrisa me pareció buena y dulce.

«Repentinamente, hermanito, empecé a hablarla. No me acuerdo siquiera de qué la hablé, pero sé que la hablaba tan bien, que me escuchaba con gusto a mí mismo; de lo que más le hablaba era de su juventud y belleza. Puedes creerme que era linda, una verdadera hermosura. Sí, hermanito, créeme. Se llamaba Lisa. Le hablé largo rato. Mi corazón era el que hablaba. Me miró con seriedad, me miró fijamente, y de pronto sonrió… sí, ¡sonrió!…», dijo Yemelián, llorando, con voz que resonó por la estepa.

«Cuando vi aquella sonrisa, una delicia inexplicable se apoderó de todo mi ser. ¡Señorita! ¡Señorita!, decía yo… ¡Y no podía decir más! Ella, hermanito, me cogió la cabeza entre las manos, me miró frente a frente y sonrió como en un cuadro. Movía los labios y quería decirme algo, pero no lo conseguía. Por fin, venció su emoción y

me dijo: “Es usted tan desdichado como yo, ¿verdad? ¡Confiéselo usted, amigo mío!”.

Sí, camarada, así es cómo ocurrió ese caso. Pero aún hay más: me dio un beso en la frente, aquí, ¿ves? Te juro que es verdad, en nombre de Dios. Sí, hermanito, te lo juro.

Puedes creer que en toda mi vida, durante mis cuarenta y siete años, no he sentido dicha tan grande. ¡Cuando pienso a lo que fui a tal sitio! La vida, la vida, ¡cuán original es a veces nuestra vida!…».

Calló, apoyando la cabeza en las manos. Aquella relación me conmovió profunda y gratamente. Miraba silencioso al mar maravilloso, parecido en su sueño apacible a un pecho inmenso que se moviera a impulso de una respiración rítmica y profunda.

Yemelián, añadió: «La joven se levantó y me dijo: “Acompáñeme hasta casa”. Nos pusimos en marcha. Yo iba a su lado, feliz y contento, y ella me contó su historia.

Era hija única; sus padres, que eran comerciantes, la querían mucho y la mimaban; un estudiante la dio algunas lecciones; se enamoraron uno de otro, y resolvieron casarse cuando él hubiera acabado sus estudios. Pero pronto marchó… y no volvió más, ni envió una carta conteniendo, sencillamente, unas palabras de ruptura. Fue, sin duda, esto, lo que hirió a la niña. Y decidió matarse.

—¿Y qué, querido amigo? —me decía—. Hemos de separarnos. Mañana marcharé de aquí. Adiós, pues, y gracias. ¿Quizá necesita usted dinero? Dígalo usted, no le dé vergüenza. —No, señorita —le contesté—, nada necesito, ¡mil gracias! —Pero, querido amigo, dígamelo francamente; tome algún dinero, repitió muchas veces, alargándose con sus finas, blancas manos, una bolsa.

Yo, tan desarrapado, tan miserable, le contesté, sin embargo:

—No lo necesito, señorita.

Debes comprender, hermanito, que en aquellos momentos no pensaba yo en el dinero. En el instante de separamos, me dijo: “¡No le olvidaré jamás! ¡No le conozco a usted, y, sin embargo…, no le olvidaré!”». Yemelián calló un instante, y encendió la pipa. «La joven entró en una casa. Yo me senté en un banco cerca de la puerta. Sentía una gran tristeza. El sereno se me acercó: “¿Qué haces aquí? —me gritó—; ¿esperas a alguien para robarle?”. Aquellas palabras me encolerizaron. Le asesté un puñetazo en pleno rostro. Se oyó un grito. Luego un silbido… Me arrastraron a la prevención. Muy bien, vamos a la prevención, no me importa, ¡aunque esté allí toda una semana! Durante el camino le di otro puñetazo. Pasé la noche encerrado, y al día siguiente me soltaron.

Volví a ver al tabernero Petroff.

—¿Dónde has estado? —me preguntó.

Le miré; era el mismo hombre de antes; no sé por qué le referí lo sucedido.

Me escuchó con atención, y me dijo:

—Es usted un chiquillo, Yemelián Pilaie. Puede usted retirarse de esta casa.

¡Marché! He aquí mi historia, hermanito».

Yemelián se calló, cruzó las manos debajo de la cabeza y se tendió en la arena, mirando al cielo limpio y lleno de estrellas. En torno nuestro todo estaba en silencio.

El ruido del mar era ahora más apagado y llegaba a nuestros oídos como el suspiro débil y tenue de una persona dormida.

BOLES

Un día, uno de mis amigos me contó la historia siguiente:

Cuando yo estudiaba en Moscú, viví algún tiempo al lado de una de esas *señoritas…* ya sabes. Era polaca y se llamaba Teresa. Alta, morena, con cejas negras que se unían, y de cara ruda, como tallada con hacha. Me causaba miedo por el aspecto bestial de sus ojos sombríos, su voz de bajo, sus modales de carretero y todo su enorme cuerpo musculoso, ordinario y varonil… Yo vivía en el sotabanco y la puerta de su cuarto estaba enfrente de la mía. Nunca abría yo la puerta, me acuerdo bien, cuando sabía que estaba ella en casa. Pero naturalmente, eso ocurría pocas veces. Con frecuencia la encontraba en la escalera o en el patio y ella me sonreía con una sonrisa que me parecía cínica. En más de una ocasión, la vi con los ojos estúpidos y amortiguados, desecha, y su sonrisa entonces me era insoportable. Al encontrarme me solía decir:

— ¡Consérvese usted bueno, señor estudiante! —y reía con risa extraña, que aumentaba mi aversión por ella. Con gusto hubiera cambiado de casa para evitar semejantes encuentros y semejantes cumplimientos, pero tenía un cuartito limpio, con una vista muy hermosa desde la ventana; además aquella calle era tranquila, y por esto todo lo soportaba.

De pronto una mañana, mientras me estiraba en mi cama, buscando alguna razón de peso para no ir a la Universidad…, he aquí que la puerta se abre y que la odiosa Teresa, desde el umbral, exclama con su voz de bajo:

—¡Buenos días, señor estudiante!

—¿Qué quiere usted? —le pregunté yo. Y noté en su cara confusa una expresión de súplica, de ruego; una expresión que no le era familiar.

—Pues mire usted caballero, vengo a pedirle un favor. ¡Hágalo usted por mí!

Yo permanecí tendido, callado y me dije:

«¡Me tiende un lazo! Un atentado a mi pudor, sencillamente. ¡Mantente firme, Yegor!».

—Mire usted, necesito escribir una carta a mi país… —dijo ella de un modo dulce, suplicante, tímido.

¡Vamos, él diablo te lleve —pensé yo—; está bien!

Me levanté, me senté a la mesa, tomé la pluma y la dije:

—Pase usted aquí siéntese y dicte… ¿Para quién es la carta?

—Línea de Varsovia, Swenzini… Para el señor Boleslás Kachput…

—¿Qué hay que decirle? Diga usted…

—Mi querido Boles… corazoncito mío… mi fiel amante… ¡Que la santa Virgen te proteja! Mi querido corazón de oro ¿por qué no le has escrito desde hace tanto tiempo a tu triste paloma que se aburre lejos de ti, a tu Teresa, que tanto te ama?…

Estuve a punto de echarme a reír. La «triste paloma» con su talla de un metro setenta y cinco, un puño de quince kilos y una cara tan negra como si su vida entera la hubiese pasado limpiando chimeneas, sin lavarse ni una sola vez, no predisponían a otra cosa. Me contuve, sin embargo, y le pregunté:

—¿Quién es ese Boles?

—Boles, señor estudiante —díjome turbada—, es mi novio.

—¿Novio?

—¿Qué le extraña a usted? ¿Es que yo no puedo tener un novio, siendo una joven soltera?

¿Un novio, ella?… —pensé entre mí—. Y dije:

—¡Oh! ¿Por qué no? Todo puede ser… ¿Hace mucho tiempo que son ustedes novios?

—Seis años.

—¡Oh! —exclamé— y escribí la carta. Era tan tierna, tan amante, que le aseguro a usted que hubiera querido ser Boles, si quien la enviaba no hubiese sido Teresa, sino otra mujer un poco más pequeña y más femenina.

—Gracias de todo corazón por ese servicio señor —dijo Teresa saludándome—. ¿Podría yo de algún modo serle útil a usted?

—No, no, muchas gracias.

—¿Tiene usted alguna camisa o algún calzoncillo que necesite coser?

Notaba que aquel mastodonte con faldas me hacía ruborizar, y le signifiqué, con bastante claridad, que no necesitaba sus servidos.

Se fue.

Pasaron unos quince días… Una noche me hallaba junto a la ventana silbando, pensando en los medios de apartar mis pensamientos de mí mismo. El hastío me pesaba, el tiempo era abominable y no convidaba a sali, y por fastidio, me acuerdo, me absorbía en el análisis de mí mismo. Esto era bastante aburrido, pero no podía ocuparme de ninguna otra cosa. Se abrió la puerta. ¡Dios sea loado! —me dijo—. Alguien viene.

—¿No tiene usted nada que hacer que le corra prisa, señor estudiantes?

¡Teresa! ¡Hum!

—No. ¿Qué desea usted?

—Quisiera pedirle a usted que me escribiese otra carta…

—Bueno… ¿A Boles?…

—No, ahora es de él…

—¿Qué?

—¡Oh, que tonta soy! No es eso lo que he querido decir, señor, dispense. Ahora no soy yo quien tengo necesidad de escribir, sino una de mis amigas… es decir, no una de mis amigas…, sino un amigo… Tampoco sabe escribir y tiene una novia que se llama Teresa…, como yo. Así pues, ¿si usted quiere hacer el favor de escribir una carta a la otra Teresa?…

La miré. Su ancha cara, más colorada que de costumbre, manifestaba una gran turbación; sus dedos temblaban y se retorcían sin saber por qué…; ¡yo empecé a adivinar!

—He aquí lo que tengo que decir a usted, señora —le contesté yo—. No hay tal Boles, ni tal Teresa, y todo esto es una broma. Conmigo no tiene usted nada que hacer, y en cuanto a entablar relaciones, no las quino… ¿comprende usted?

En el primer momento se incomodó, perdiendo su actitud humilde. Peno no sabía qué hacer. Levantóse y empezó a mover sus gruesos labios de una manera cómica, como si quisiera decir algo, pero sin decir nada. Me puse en expectativa de lo que pudiera ocurrir; veía yo y comprendía que me equivocaba, por lo que perecía, al suponer que ella tratase de atentar a mi virtud. Pude observar que se trataba de otra cosa.

—Señor estudiante —empezó diciendo, y de repente avergonzada, hizo un ademán, volviéndose hacia la puerta y se fue.

Quedéme en mi sitio entristecido, con un sentimiento detestable en mi corazón; oí el portazo que dio al entrar en su casa: la muchacha estaba enfadada, evidentemente… Reflexioné y me decidí a ir a su casa, hacerla venir a mi cuarto y escribirla cuanto le viniera en gana.

Entré en su habitación, y la encontré junto a la mesa apoyados los codos en ella, y con la cabeza entre las manos…

—Escuche usted —le dije yo.

… Siempre cuando cuento esto y llego a este punto, me encuentro en un estado absurdo… no sé lo que me pasa.

—Escuche usted —le dije.

Levantóse ella de su asiento, se dirigió hada mí con los ojos brillantes, y empezó a murmurar…, o mejor dicho, a zumbar con su voz de bajo, poniendo las manos sobre mis hombres.

—Bueno, ¿qué importa? Sí, eso es. No hay ningún Boles, ninguno… tampoco hay Teresa. ¿Pero eso qué le importa a usted? ¿Tanto le cuesta a usted garrapatear con la pluma en el papel? Después usted se queda como antes, tan limpio como antes 1 No hay ningún Boles ni ninguna Teresa. Se trata de mí únicamente. ¿Pero importa algo eso?

—Permítame usted —dije yo aturdido por aquellas palabras—, ¿de qué se trata? … ¿Dice usted que no existe ese Boles?

—No, no existe.

—¿Y Teresa no existe tampoco?

—Tampoco existe Teresa. Soy yo… Teresa.

Yo no comprendía absolutamente nada de todo aquello. La miré fijamente tratando de averiguar quién de los dos había perdido el juicio. Teresa se dirigió de nuevo a la mesa, registró un momento, y volvióse hacia mí, diciéndome con un tono ofendido.

— Si tanto le molesta, a usted escribir a Boles, aquí está su carta, tómela. Ya habrá otros que me escriban…

Vi que tenía entre sus manos la carta escrita a Boles. ¡Qué mujer tan rara!

—Escuche usted. Teresa. ¿Qué significa todo esto? ¿Qué necesidad tiene usted de escribir si no echa las cartas al correo?

—¿Dónde he de echarla?

—Al correo, para Boles.

—¡Pero si no hay tal Boles!

¡Seguía sin comprender absolutamente nada! No me quedaba otro camino que olvidar aquella historia y marcharme. Por fin, Teresa se explicó.

—Pues bien —dijo con tono irritado—. ¡Si no hay tal Boles, peor para mí!

—Y abrió los brazos como si no comprendiera por qué no lo había.

—Yo bien quisiera que hubiese uno… ¿Acaso yo no soy una mujer como otra cualquiera? ¡Oh… ya sé yo que no hago daño a nadie ¿no es verdad?, escribiéndole!… Mire, usted me ha escrito una carta para Boles, y yo se la he dado a otro para leerla; y cuando me la leen la escucho, y me hago la ilusión de que Boles existe. Y yo suplico, después, que me escriban una carta de Boles para Teresa… para mí. Si me hubieran escrito esa carta y me la hubiesen leído, entonces yo creería que es verdad que existe. Me hubiera creído que tengo un novio. Y la vida entonces no me sería tan difícil…

Sí… Lléveme el diablo… Desde ese día escribí con regularidad dos cartas semanales de Teresa a Boles y de Boles a Teresa. Y cuidaba especialmente las contestaciones… Ella las escuchaba, me acuerdo bien, y Doraba…, Doraba alegremente. Y por las lágrimas que le hada derramar con las cartas de aquel Boles imaginario, me remendaba los calcetines, las caminas y algunas veces los pantalones. Luego, unos tres meses después de todo esto, fue llevada Teresa a la cárcel, sin que pudiese enterarme del motivo. Ahora ya, seguramente, habrá muerto.

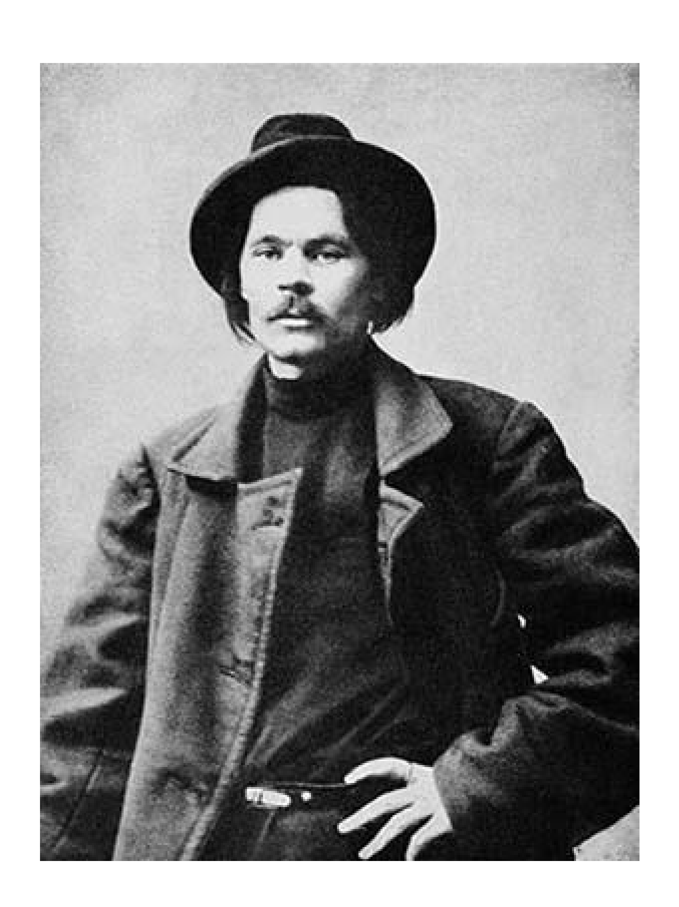
* * *

Mi amigo, sacudió la ceniza de su cigarro, miró hacia el cielo como ensoñando y añadió:

—Sí, cuanto más una criatura ha experimentado la pena, más ardiente es su sed de dulzura. Nosotros no comprendemos esto, los que vivimos cubiertos con nuestra capa de virtudes rancias, y miramos a los otros a través de una gasa de suficiencia, como si tuviéramos la convicción de nuestra infalibilidad.

Y todo esto es muy estúpido y muy cruel. Decimos: decaídos… ¿Y qué son los decaídos? Antes que nada… hombres: los mismos sucesos, la misma sangre, la misma carne y los mismos nervios que nosotros. Decaídos se nos dice todos los días, desde hace siglos. Y nosotros lo escuchamos… ¡es absurdo! En él fondo, nosotros mismos, somos también decaídos… en un abismo de dudas de todos géneros. Y

tenemos la vana creencia en la superioridad de nuestros nervios y de nuestros cerebros sobre los cerebros y los nervios de esos seres que son únicamente menos mentirosos que nosotros, que no saben ocultar sus sentimientos… Pero… bastante he hablado ya. ¡Es tan antiguo todo esto!… que se siente vergüenza de tener que hablar de ello… Es muy antiguo… muy antiguo.



MÁXIMO GORKI (Seudónimo de Alexéi Maximóvich Peshkov; Nijni-Novgorod, 1868 - Moscú, 1936). Novelista y dramaturgo ruso, maestro del realismo y considerado una de las personalidades más relevantes de la cultura y de la literatura de su país. Tras la muerte de su padre, cuando contaba cuatro años de edad, Gorki se trasladó a vivir con la familia de su abuelo, en un ambiente pequeño-burgués venido a menos y en ocasiones rayano en la pobreza. Ese mundo de su niñez, que lo marcó decididamente, se recrea magistralmente en *Mi infancia* (1913-1914), primera parte de su trilogía autobiográfica.

Gorki esta considerado un modelo de escritor autodidacto. A los once años se marchó de la casa de su abuelo y emprendió una vida llena de aprendizajes incompletos, largas navegaciones por el río Volga, y numerosos viajes al sur de Rusia y a Ucrania, que serán el tema del también autobiográfico *Mis universidades* (1923). El éxito literario le llegó tras la publicación del relato breve *Makar Chudra* en 1892, donde combina una descripción brillante de la naturaleza con un rico flujo narrativo interno para abordar el tema de la dignidad humana y la libertad en forma folclorista y ultra romántica.

Lo mismo puede decirse de *La vieja Izergil* (1895), que narra la historia de Danko, quien hace pedazos su corazón para iluminar el camino de la salvación a su tribu. De estos años son también una larga serie de relatos profundamente antiburgueses, que relatan las desesperadas, y en la mayoría de los casos inútiles, protestas de los desheredados contra el *ethos* capitalista que comienza a adueñarse de la sociedad rusa en el último tercio del siglo XIX. Entre ellos cabe señalar *Chelkash* (1895), *La canción*

del halcón (1895), *Konovalov* (1896) y *Veintiséis hombres y una mujer* (1899). En los albores del siglo XX, Gorki escribe varias novelas sobre el mundo del comercio, como *Foma Gordeev* (1900) y *Nosotros tres* (1901), que si bien son vigorosas y de colorida expresión, padecen de cierta debilidad en su estructura.

Su primera obra de teatro, *Los pequeños burgueses* (1902), explora el tema de la rebelión contra la sociedad en un medio burgués e introduce por primera vez al héroe que milita activamente en favor de la causa proletaria. Su segunda obra, *Los bajos fondos* (1903), gozó de un éxito fulminante. En ella se manifiesta una retórica heredera de los sermones religiosos, que acompañará a buena parte de la obra posterior de Gorki, y que irá adquiriendo un carácter abiertamente político.